

BOLSA DE BOLSAS

PUNTO

ROJO

**¡IDROGATE,
Y MUERE!**

Albert Rosbund



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ALBERT ROSBUND

¡DROGATE Y MUERE!

Colección **PUNTO ROJO** n.º 803
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.159 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1977

© Albert Rosbund, 1967
texto

© Jorge Sempere - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

344. — Un gringo viene a matar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

278. — El retorno de los malditos.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Yupiii! —exclamó Clive Katzin, un mocetón de veinticinco años, de pelo ensortijado y facciones simpáticas, quitándose con salvaje alegría el mono azul de trabajo—. ¡Por fin he terminado! ¡Al diablo el trabajo! ¡Viva la libertad!

En ropa interior se acercó al lavabo y procedió a limpiarse la grasa acumulada en manos y rostro durante aquel viernes. Mientras lo hacía, canturreó una canción de moda. Estaba feliz, alegre, contento... Un prometedor fin de semana le esperaba.

—¡Reno, aguarda, que ya voy! —le dijo a su propia imagen reflejada en el espejo—. ¡Todas las puertas de sus garitos, salas de juego y burdeles se abrirán a mi paso! ¡Oh, Reno, aguarda, que ya voy!

Y era tal su alegría que hasta se permitió el lujo de dar unos pasos de bailarín a lo Gene Kelly.

—¡Ey, Clive! —exclamó una voz—. ¿Ya permite el jefe beber durante el trabajo?

El joven Clive dejó de emular al protagonista de *Cantando bajo la lluvia* y miró hacia la puerta. Por ésta acababa de aparecer Larry Morgan, compañero de trabajo.

—Eso lo sabes tú mejor que yo —replicó.

—Ajajá. —Larry Morgan, quien tendría unos diez años más que Clive y era más bajo y rechoncho, extrajo de un bolsillo de su mono azul una botella de petaca metálica. La abrió, bebió un trago, la cerró y por fin dijo—: Pero tú ya sabes que yo soy cuidadoso. Bebo a espaldas del jefe y nunca me excedo. En cambio, tú das la impresión de estar como una cuba.

—Bueno; ya la has tomado conmigo —exclamó con cierta resignación Olive—. Pero apuesto, a que todo es cochina envidia. Mientras este fin de semana yo me divierto a lo grande en Reno, tú estarás aquí trabajando como un negro. Sí, cochina envidia.

—¿Cómo lo has adivinado, Clive? —preguntó Larry Morgan y luego se echó a reír. Clive le secundó, luego Larry le pasó la botellita y el joven echó un trago.

—¡Por Reno! —brindó.

—¡Por que no se te indigesten las chicas, la bebida y los juegos de azar! —brindó después Larry.

Clive Katzin comenzó entonces a vestirse, sonriendo alegremente, soñando con mil aventuras distintas a la vez. Larry Morgan se acercó hasta su armario y lo abrió con una llavecita. Procedió a quitarse el mono azul.

—¡Y pensar que mañana tengo que volver aquí, a trabajar...! —exclamó malhumorado Larry, acercándose al lavabo.

—Y el próximo fin de semana me tocará a mí —dijo Clive, abotonándose la camisa—. Ya sabes que el patrón quiere que durante el sábado y el domingo también está abierto el taller. Y a uno de nosotros le toca fastidiarse cada quince días. Al menos, ten el consuelo de que mañana tú serás el jefe.

—Sí —sonrió forzosamente Larry, el rostro y las manos enjabonadas—. No tendré que volverme de espaldas al encargado para echar un trago.

—Es la pequeña ventaja de que Simpson, el encargado, no trabaje nunca los fines de semana. Eso demuestra, además, que el patrón confía en nosotros. Anda, déjame. —Clive desplazó a su amigo y compañero de delante del espejo y se peinó rápidamente.

—Pues a mí me gustaría saber qué diablos le diste al patrón para conseguir que te dejara un coche, mu chacho —dijo Larry Morgan, componiendo una mueca de incredulidad—. ¡Con lo agarrado que es míster Nunally...!

—Premio al trabajo. —Clive cerró su armario y se echó la llavecita al bolsillo.

—En fin, espero que te diviertas —le deseó sinceramente Larry, no muy convencido de la respuesta anterior—. Y no te olvides de contármelo todo.

—Seguro, Larry —le guiñó un ojo Clive.

Clive Katzin dejó a su compañero ablucionándose. Después de despedirse de Simpson, el encargado, un tipo seco y poco hablador, que se limitó a decirle: «Hasta el lunes, Clive», abandonó la mar de contento el taller de reparaciones de automóviles.

Atardecía sobre Susanville, capital del condado de Lassen, California. Se trataba del pequeño y típico pueblo californiano, de no más de siete mil habitantes, que vivía en completa paz y armonía. Rodeado de abundantes lagos, con un bosque al sur y otro al norte, Susanville era un lugar donde se respiraba aire puro y donde apenas se sabía —o no se quería saber— nada de lo que era una gran ciudad. La gente prefería hacer excursiones al Eagle Lake o al Lassen Volcanic National Park que a Sacramento, la capital del estado, o a Reno, que se encontraba a unas noventa millas, en el vecino estado de Nevada.

Pero para Clive Katzin, dada su edad y la estrechez económica en la que siempre había vivido, visitar Reno era un sueño dorado... que ese mismo fin de semana iba a ver cumplido.

Clive Katzin era natural de Janesville, un diminuto pueblo al sur de Susanville, cercano al Honey Lake. Allí había vivido sus primeros dieciocho años, junto a sus padres, simultaneando la escuela con el trabajo. Luego, tras la muerte de su padre, se había trasladado con su madre a la capital del condado, con la esperanza de un mejor empleo, cosa que había conseguido en el taller de reparaciones de automóviles de míster Nunally, uno de los potentados del pueblo, ya que además poseía un negocio de coches usado y chatarra, y una gasolinera a las afueras.

El joven vivía a cuatro manzanas de su trabajo, en una bocacalle de la Central Street donde se hallaba el taller. Allí se levantaba un bloque de apartamentos, cuyo alquiler estaba al alcance de su bolsillo.

Su madre era una señora que estaría frizando los cincuenta años, de cabellos entrecanos, ojos oscuros como los de su hijo y rostro agradable, bondadoso. Recibió a Clive con semblante preocupado.

—Vamos, mamá, desfrunce ese ceño —le rogó el joven cariñosamente—. No me voy al Vietnam.

—No me hace gracia, Clive.

—Mamá, ya soy mayorcito...

—Sí, lo sé. Pero nunca has salido de este condado, no tienes experiencia...

—Bueno, ahora la adquiriré —le atajó él—. Anda, dejemos el asunto. Ya está todo hablado.

—Y encima que te vayas en coche, tú solo...

—Tengo mi carnet de conducir. Además, ¿no soy mecánico de automóviles? Por ese lado no habrá problema alguno. No te preocupes.

—Es muy fácil decir eso.

—Por favor, mamá. No tengo ganas de discutir. He de darme prisa. Quiero estar esta noche ya en Reno.

—Reno, Reno, Reno... Siempre con el nombre de esa ciudad en la boca. Parece como si fuera Eldorado. ¡No es más que una mala ciudad!

—Habladurías, mamá. Ya te contaré yo.

—Sí, sí...

—En fin, abandonemos el tema. Voy a mi cuarto a por la bolsa de viaje.

Ya con todo listo, Clive Katzin se despidió de su madre, quien no cesaba de mostrar su desacuerdo con aquel viaje.

—Ten cuidado, Clive, por favor... —le suplicó cuando el joven ya empezaba a descender los peldaños de la escalera.

—No te preocupes, mamá. Sé cuidarme.

La mujer no cerró la puerta de su casa hasta que no le vio desaparecer por el recodo de la escalera.

Clive Katzin, la bolsa de viaje al hombro, encaminó sus pasos hacia el negocio de compraventa de coches usados de míster Nunally.

John T. Nunally era un hombre robusto, casi un gigante, de cara rojiza y manos que parecían palas excavadoras. Poseía una voz grave y un tic nervioso que consistía en fruncir la nariz cada dos por tres. Clive Katzin lo halló en su despacho, en la parte posterior del negocio, rodeado de papeles y de humo, mucho humo. Fumaba enormes puros habanos.

—Hombre, Clive, te esperaba —exclamó nada más verle, al levantar la vista de los papeles mecanografiados que tenía sobre la mesa escritorio.

—¿Qué tal, míster Nunally?

—Bien, muchacho. Me estaba ya preguntando si te habrías arrepentido.

—Oh, no; nada de eso. Simplemente es que pasé antes por casa para recoger mis cosillas.

—Muy bien, chico. Mira. —John T. Nunally tiró de un cajón de

su mesa—, aquí tengo las llaves...

Clive Katzin, después de dejar su bolsa de viaje en el suelo, se acercó para coger el original llavín, en el que iban prendidas dos llaves.

—Te he escogido un «Ford Taunus» de hace cinco años, que tiene el motor estupendamente. Es de color *beige*. Jim ya lo sabe. El te lo indicará. ¿O.K.?

—Muchas gracias, míster Nunally. Es usted muy amable y comprensivo al dejarme uno de sus coches para que vaya a pasar el fin de semana a Reno. Le estoy sumamente agradecido y...

—Por favor, chico, no sigas por ese camino que me vas a sacar los colores, y ya tengo cincuenta años... Anda, cuando antes te pongas en marcha, antes llegarás. ¡Que te diviertas, Clive!

El joven estrechó fuertemente la mano de su patrón, dándole las gracias una vez más.

—Oye, Olive —le llamó la atención míster Nunally cuando iba a abrir la puerta para salir—. ¿Sí?

—Acuérdate de echarle gasolina. Eso va por tu cuenta. Te lo aviso por si no te acuerdas del trato que hicimos. No quisiera que te quedaras tirado en la carretera.

—Llenaré el depósito en su gasolinera, patrón.

—Muy bien, muy bien.

—Entonces, hasta la vuelta.

—¡Ah, otra cosa!

Clive Katzin volvió a girar sobre sus talones.

—Dígame.

—¿Sabes ya dónde vas a alojarte en Reno?

—Pues, no. No conozco nada de allí.

—Si quieres puedo recomendarte un buen sitio. Así no tendrás que perder tiempo... —Estupendo. Pero que no sea un lugar muy caro. Ya caos que mi economía no es muy...

—Tranquilo, chico —míster Nunally atrapó un papel con una de sus palas excavadoras y sobre él escribió unas líneas. El joven volvió a acercarse a la mesa y lo tomó—. Éste es el nombre del hotel y su dirección. El dueño es amigo mío. Se llama igual que el hotel.

—Otra vez gracias, míster Nunally.

—De nada, chico. ¡Y a ver si regresas millonario!

—Ojalá, míster Nunally.

Clive Katzin salió por fin del despacho de su patrón. Un minuto después, junto con Jim, el encargado del negocio de compraventa de coches usados y de chatarra, ya se encontraba al lado del coche que le había seleccionado su patrón.

—Eres un tío con suerte, Clive —le dijo el pecos Jim, dándole una palmada en la espalda.

—Creo que lo que yo voy a hacer está al alcance de tocio el mundo. Es cuestión de ahorrar durante una temporada.

—Pero eso de que te dejen un coche...

—Hay que tener un poquito de cara, Jim —y se golpeó afectuosamente una mejilla—. Además, cogí al patrón en un día bueno... y su misericordia cayó sobre mí.

Los dos se echaron a reír. Clive Katzin abrió una portezuela y se introdujo en el interior del coche, echando su bolsa de viaje sobre el asiento posterior.

—Vas a parecer todo un señor —comentó Jim, aún riendo, mientras Clive curioseaba el *tablier*.

—Un señor a la conquista de Reno —exclamó el joven introduciendo la llave y dándole al encendido.

El motor del «Ford Taunus» runruneó satisfactoriamente al oído experto de Clive. Su patrón no le había engañado: el motor parecía estar en magnífico estado.

—Si ves por ahí una rubia de ojos azules, con buenas tetas, finas caderas y largas piernas, no olvides, facturármela.

—Seguro, Jim —sonrió Clive, metiendo la primera—. Hasta la vuelta.

—¡Suerte! —chilló Jim cuando ya el coche partía lentamente, saliendo del recinto.

Clive Katzin asomó la mano izquierda por el hueco de la ventanilla, con el pulgar levantado.

Emprendió camino hacia la salida sur del pueblo, precisamente donde se encontraba la gasolinera de su patrón, John T. Nunally.

Allí había una mujer.

CAPÍTULO II

—Señorita, es la tercera vez que se lo digo: está prohibido fumar aquí —y el hombre le señaló el cartelito de NO SMOKING.

—Hago lo que me da la gana —respondió ella desabridamente, mirando hacia la carretera. Pasó un coche a lo menos ochenta millas por hora.

—Retírese hacia el descampado y fume allí todo lo que quiera.

—¡Váyase al cuerno!

—Maldita sea... —rezongó el hombre de mal humor—. Si no fuera porque es mujer...

Además de ser mujer, tenía veinticinco años y un cuerpo nada despreciable, muy bien resaltado por su vestimenta: una blusa blanca y una falda azul. Junto a ella, que se encontraba apoyada indolentemente en un poste de gasolina, fumando con toda la tranquilidad del mundo y disfrutando con el mal rato que le estaba haciendo pasar al encargado de la gasolinera, el cual temía que de un momento a otro la pequeña estación de servicio saliera por los aires; junto a ella, decía, se hallaba una pequeña maleta descansando en el suelo. Ya iba por el segundo pitillo, y no parecía tener el menor deseo de quitarse de allí y sí, en cambio, de seguir fumando, y eso sacaba de quicio al de la gasolinera, un hombre con poco poder persuasivo e incapaz de violentar a una mujer, por muy mal educada que ésta fuera.

—Ya podía venir un coche y llevársela, con un demonio —murmuró el hombre de la gasolinera.

—No se altere, amigo. El primero que venga se me llevará —y alzó una de sus piernas, la derecha, hasta casi formar un ángulo recto con su cuerpo. La falda quedó a mitad de muslo—. ¿Qué le parece?

El encargado de la gasolinera no le contestó. Ella volvió a colocar la pierna en su primitiva posición, con un mohín de

disgusto, y luego arrojó la colilla bien lejos.

—¿Usted se queda aquí por la noche, amigo? —le preguntó.

—No. A las diez me relevan.

—Uf, menos mal. Pasar la noche con usted me produciría vómitos.

El hombre la miró con rabia mal contenida. Dio media vuelta y se alejó unos pasos, mientras ella soltaba una risita de satisfacción.

—¡Ahí viene un coche! —exclamó ella unos segundos más tarde.

En efecto, un «Ford Taunus» color *beige* se salió de la carretera para entrar en la pequeña estación de servicio. Clive Katzin detuvo el automóvil justo ante el poste de gasolina donde la mujer se encontraba. Aunque la había visto mientras se acercaba, no pudo fijarse detenidamente en ella porque el encargado de la gasolinera se le aproximó por el lado de su ventanilla.

—Vaya, Clive, cuánto tiempo sin verte —exclamó sorprendido.

—Hola, Buck. ¿Qué cuentas?

—Nada nuevo. La vida sigue igual. ¿Cómo tú en un coche como éste?

—El patrón me lo ha prestado.

—¡No me digas!

Clive Katzin descendió del coche.

—¡No me lo creo! —agregó Buck.

—Pues, sí, Buck —asintió el joven, dándole la espalda a la mujer—. El patrón me lo ha prestado para que pueda trasladarme a Reno. Buck compuso una mueca de asombro.

—¡Diablo! ¡Jamás había visto tan espléndido a míster Nunally! ¡Si se encuentra todavía mañana en ese estado, me presentaré a pedirle un aumento de sueldo!

Clive rió.

—¿Has dicho a Reno, amigo? —Sonó entonces la voz de ella a su espalda.

Clive Katzin dio media vuelta. La encaró. Y lo primero que pensó fue en las últimas palabras del pecoso Jim: una rubia de ojos azules, con buenas tetas, finas caderas y largas piernas. Eso era aquel ejemplar del género femenino.

—Eso he dicho —sonrió.

—¿Te importaría llevarme contigo?

Clive Katzin la miró de arriba abajo, ahora descaradamente. Ella

dejó de apoyarse en el poste de gasolina y proyectó su busto hacia delante. Mostró la mejor de sus sonrisas, aprovechando al máximo la blancura de sus perlados diente-cillos.

—¿Se te averió el coche? —preguntó él.

—Se me averió el bolsillo —rió ella, y Clive Katzin la secundó. Buck se limitó a escupir sonoramente por el sesgo de la boca.

—¿Vas a Reno?

—Por ahora, sí.

—Entonces, encantado de llevarte.

—Me llamo Sheila.

—Yo soy Clive.

Ambos se estrecharon efusivamente las diestras por encima del coche.

—La portezuela de tu lado está abierta. Puedes subir, Sheila.

—Gracias, Olive.

Ella se introdujo en el coche con su pequeña maleta, y Clive se dirigió a Buck:

—Lléname el tanque.

—Apañado vas —le susurró el encargado de la gasolinera.

—¿Por qué? —le preguntó mientras le llenaba el depósito del coche.

—Esa mujer es una zorra.

—¿Una zorra?

—Una tipa peligrosa.

—Hum.

—Te lo digo yo, que sé de eso.

—Hum.

—Las canas saben mucho —se señaló Buck con el índice de su mano izquierda sus cabellos—. Lleva cuidado, Clive.

El joven pensó que ya era la segunda vez que le decían eso en un breve espacio de tiempo.

—Bueno, ya lo tienes. —Buck miró hacia el contador—. Son quince dólares.

Clive Katzin le dio unos billetes y luego se despidió de él.

—Que te diviertas, muchacho.

—Me divertiré, ya lo creo que sí.

Subió al coche, le dirigió una sonrisa a la chica, le dio a la llave del contacto y partió.

Al llegar a Johnstonville, cruzaron el puente sobre el Susan River, que nace cerca del Lassen Volcanic National Park y muere en el Honey Lake, y tomaron la carretera nacional 395 que lleva directamente hasta Reno, en el vecino estado de Nevada. Dejaron atrás el Leavitt Lake y atravesaron Janesville.

—Aquí nací yo —dijo él con cierta emoción, y éstas fueron las primeras palabras que cruzaron desde que iban juntos en el coche.

—Qué pueblo más pequeño —se limitó a comentar ella—. Y apenas hay luz.

Ya era de noche y los faros del «Ford Taunus» iban horadando la oscuridad.

La carretera comenzó a discurrir entre el Honey Lake, a su izquierda, y el Plumas National Forest, a su derecha. El lago rebrillaba bajo los rayos plateados de la luna y el bosque parecía un inmenso manchón verde oscuro, misterioso y tenebroso a la vez. Apenas había tráfico por la carretera. Eran esporádicos los coches que se cruzaban con ellos, tanto en una dirección como en otra.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Me refiero a si trabajas en algo.

—Oh, ya... Bueno, en estos momentos, no —se echó a reír.

El también rió.

—Pero aparte bromas —agregó ella unos segundos después—, pues, sí, trabajo. Como todo el mundo.

—¿Y no puedo saber en qué?

—¿Tanta curiosidad tienes?

—De algo tenemos que hablar, ¿no? Yo, por ejemplo, soy mecánico. Trabajo en un taller de reparaciones de automóviles.

—¿Vaya?

—¿Te sorprende?

—Pensaba que eras un muchacho estudioso que iba a pasar un fin de semana en la ciudad del vicio.

—En poco te equivocas. Soy un muchacho trabajador que va a pasar un fin de semana en la ciudad del vicio.

—Para eso hace falta dinero.

—He estado ahorrando durante los últimos meses.

—¿Mucho?

—Lo suficiente.

—Y en dos días lo vas a tirar todo.

—Puede.

—Sois extraños, los hombres.

—¿Por qué?

—La mayoría sólo pensáis tener dinero para gastároslo en borracheras, juegos de azar, mujeres, etc.

—¿Y las mujeres no hacéis lo mismo? Incluso podemos agregar joyas, vestidos, etc. —rió él.

—Lo que vas a hacer me da la impresión de que es algo así como ir y tirar el dinero en un cubo de basura.

—Bah, bah.

—Hay que tener dinero, sí, pero no para gastarlo tontamente. Hay que sacarle el máximo partido.

—¿Tú lo has conseguido?

—Aún no. Esa pregunta sobraba, Clive, porque ya sabes que estoy sin blanca.

—Perdona.

—Pero de todas formas no pierdo la esperanza. La esperanza es lo último que se pierde.

—Esa frase está muy manida.

—Pero siempre me ha gustado. ¿Fumas?

—No, gracias.

—Yo voy a hacerlo.

—Me parece muy bien.

Cruzaron entonces el tranquilo pueblo de Milford, silencioso en la noche como un cementerio, y poco a poco fueron dejando atrás el Honey Lake, siendo sustituido por el apacible curso de las aguas del Long River, mientras el Plumas National Forest lo seguían bordeando a su derecha.

—Todavía no me has dicho en qué trabajas —dijo al rato Clive Katzin.

—Bueno, pues soy artista.

—¿Artista?

Ella lanzó una densa bocanada de humo que se estrelló contra el parabrisas.

—¿Artista? —repitió él.

—Sí. Cantante.

—¡Diantres! ¡Llevo una cantante en el coche!

—¿Eso te parece divertido?

—Mucho. Por ejemplo, ya que no llevamos radio podías alegrar el trayecto cantando algo.

—Vas listo.

—¿Por qué?

—Yo cuando canto, cobro.

—Eres una mujer calculadora.

—No lo sabes bien.

—¿Y vas a Reno?

—Ya te dije que..., por ahora, sí.

—¿En busca de empleo?

—Sí, claro.

—Pues me extraña que una mujer calculadora esté sin empleo y sin un centavo.

—Ésa es una buena observación.

—¿Y qué respuesta se merece?

—Que, además de ser una mujer calculadora, soy una mujer con mala suerte. Los empleos no me duran nada y siempre acabo de mala manera.

—Eso no es bueno.

—Claro que no. Adquirí tan mala fama que ya nadie me quería contratar. Así que tuve que emigrar.

—¿Y emigraste sin un centavo en el bolsillo?

—Bueno, la verdad es que tuve unos problemillas con mi patrón y tuve que salir con lo puesto, más o menos. He venido en autobuses, pero llegó un momento en que me quedé sin un centavo.

—¿Desde tan lejos vienes?

—Desde Portland, Oregon.

—¡Diablos!

—Era un buen lugar, pero...

—¿Y ahora piensas probar fortuna en Reno?

—Hum. Sí. Voy a probar fortuna en Reno. Esta vez espero que la mala suerte me deje de lado.

—Así lo espero yo también.

—Eres un buen tipo.

—Y tú una buena... mujer.

Y Clive Katzin, guiado por un impulso primitivo, alargó su mano derecha, que fue a posarse sobre la rodilla izquierda de ella. Luego,

la mano se deslizó sobre su muslo sin que ella protestara. Sheila continuó fumando impasible.

El cuentamillas fue ascendiendo paulatinamente, mientras Clive conducía con una sola mano. Ella, indiferente, bajó la ventanilla de su lado y arrojó la colilla. Después, subió la ventanilla y fijó su mirada en él. Lo vio excitado.

—Mejor sería que lo dejaras —dijo—. No quisiera que nos estrelláramos. El no respondió.

—Espera a Reno, Clive.

Una de sus manos sacó la de él de debajo de su plisada falda.

—Hay tiempo —agregó.

—Está bien —aceptó él, volviendo a marcar el cuentamillas una velocidad moderada.

Pasaron el poblado de Doyle y más tarde cruzaron el puente sobre el Long River, el cual, a partir de entonces, bordeaba el lado opuesto de la nacional 395 hasta su nacimiento, en la misma línea divisoria de los dos estados.

El y ella continuaron silenciosos hasta el cruce de carreteras, punto de intersección de la estatal 70 con la nacional 395. Fue Clive quien dijo, tras ver el poste indicador que anunciaba RECREATIONAL ÁREA. ONE MILE.

—¿Te apetece tomar algo?

—Si invitas...

El, por toda respuesta, viró el coche cuando llegó a la desviación.

El lugar estaba malamente iluminado y presentaba un pobre aspecto. Se trataba de un viejo rancho de los lejanos tiempos del Far West que había sido habilitado como barrestaurante, un aparcadero con techado y media docena de cabañas un poco apartadas, oscuras y silenciosas, casi confundándose con el negro paisaje.

Clive aparcó el coche, los dos descendieron de él y poco después entraban en el viejo rancho. La rústica puerta chirrió estremecedoramente.

Dentro del amplio local sólo había una persona: el encargado o dueño. Un hombre delgado y muy moreno que en aquellos instantes se dedicaba a secar vasos de cristal mientras silbaba con fatal estilo.

—Buenas noches —saludó jovialmente, dejando de silbar y aliviando el martirio de cucarachas y demás especímenes similares

que estuvieran escuchándole.

La pareja se quedó un poco sorprendida. Dados los coches vistos en el aparcadero esperaban haber encontrado gente allí dentro.

—Hola. Buenas noches —respondió al fin Clive Katzin. Tomó de un brazo a la mujer y ambos ocuparon una mesa cercana a la máquina tocadiscos.

El encargado saltó por encima del mostrador, en un número que debía tener muy ensayado, y en seguida estuvo junto a ellos.

—¿Qué desean? —preguntó.

Clive miró interrogante a la mujer.

—Un *gin-tonic* —pidió ella.

—¿Y algo de comer? —sugirió él.

—No, no.

—A mi tráigame una cerveza y un sándwich de jamón.

—O.K.

Se alejó y pronto le oyeron manejar cosas. De nuevo empezó a silbar horriblemente.

—Supongo que los dueños de los coches estarán en las cabañas —habló Clive.

—Con toda seguridad, sí —asintió ella. Extrajo su cajetilla de cigarrillos y el encendedor.

Clive aceptó esta vez la invitación. Ambos comenzaron a fumar en silencio.

—Ya deben quedar solo unas treinta millas hasta Reno —dijo él al rato.

—Exactamente veintiséis —dejó oír su voz el encargado, ya junto a ellos nuevamente, llevando en una bandeja lo pedido.

—O sea que en media hora podemos estar allí...

—Sí, amigo. Pero si quieren evitarse el trastorno de buscar alojamiento a estas horas de la noche, en Reno, aquí me queda una cabaña vacía, libre. Mucha gente lo hace así. Al día siguiente, bien temprano, entran en la ciudad y con tranquilidad se buscan hotel.

—Hum —murmuró Clive. Pensó que él no iba a tener inconvenientes con la búsqueda del hotel, gracias a la recomendación de su patrón, pero también pensó que ella no sabía nada de eso.

Sheila le miró despreocupadamente.

—¿Qué dicen? —les preguntó el encargado, impaciente por

colocar la cabaña, tras haber servido la cerveza, el *gin- tonic* y el sándwich.

—Ahora lo hablaremos.

El encargado entendió que le despedían, así que dejó el *ticket* de la cuenta bajo la botella de cerveza y se fue hacia el mostrador.

Sheila bebió un sorbo de su *gin- tonic*.

—¿Qué dices? —le preguntó Clive, al tiempo que se servía la cerveza procurando que no hiciera espuma—. Creo que es una buena sugerencia la de ese hombre. Aquí hay cama segura, mientras que en Reno a lo mejor hay que pasarse horas buscándola. Yo no conozco nada de allí... y tú tampoco, creo.

—No, yo tampoco.

—¿Entonces...?

—¿Tanta prisa tienes por tirarme? —le preguntó ella de pronto, abruptamente, por encima del filo del vaso.

Él se quedó cortado.

—No quieres que me escape, ¿eh? —ella dejó el vaso sobre la mesa. Sonrió—. Sólo tengo dos salidas: aceptar tu proposición o ponerme de nuevo a hacer *auto-stop*.

—Oye, si piensas que quiero aprovecharme, estás esquivo...

—Oh, no, Clive. ¿Cómo voy a pensar eso de un tipo como tú? Nada de eso, hombre —sonrió más acentuadamente—. Sólo pienso que me apetece dormir en una cama.

—¡Estupendo! —exclamó él, dándole un feroz mordisco al sándwich. Ella continuó bebiendo sorbito a sorbito.

CAPÍTULO III

En el silencio de la noche, el ruido del motor de un coche sonó como una alarma antirrobo. Pero sólo ella se despertó.

Miró hacia Clive, el cual, tendido boca abajo, dormía como un bendito. Pensó con cierto deleite que, desde hacía muchos meses, no había tenido unas relaciones sexuales tan intensas. Había habido momentos, cuando él se comportaba con toda la fogosidad de su sana juventud, en que creyó que iba a destrozarla. De todas formas, al final, él había quedado totalmente rendido, mucho más que ella.

Saltó de la cama, desnuda como estaba, y se acercó, curiosa, a la ventana. Corrió un visillo con la mano y pegó su rostro al cristal, empañándolo. Con la otra mano lo limpió. Un rayo de luna bañó sus hermosas facciones. La punta de su recta naricilla se acható contra el cristal.

Vio perfectamente cómo un coche —le pareció un «Mercedes»— aparcaba junto al «Ford Taunus» de Clive. Las puertas delanteras se abrieron y dos hombres bien trajeados bajaron de él. El único farol que iluminaba aquella zona alcanzó con su radio de luz el rostro del compañero del conductor. Todo el voluptuoso cuerpo de la mujer tembló como hoja expuesta al viento.

—¡Burt! —exclamó aterrorizada.

El rayo de luna y el horror compusieron una tétrica mueca en el rostro de Sheila.

Abandonó la ventana, corrió hacia sus ropas, se vistió en un santiamén, registró las ropas de Clive hasta encontrar las llaves del coche y el dinero, tomó su pequeña maleta y salió de la cabaña.

Pero en vez de seguir por el sendero de grava que conducía hacia el viejo rancho y el aparcadero, dobló en seguida a la izquierda y empezó a correr por detrás de las otras cabañas. Temía encontrarse de narices con los dos recién llegados, una vez el encargado les informara de su presencia en la cabaña número seis.

«Porque los dos hombres iban buscándola a ella».

Llegó hasta la primera cabaña. Se detuvo en la esquina. Asomó un poco su rostro, tímidamente. Justo entonces los dos hombres bien trajeados salían con paso apresurado del viejo rancho. Tomaron el sendero de grava. Uno de ellos, el conductor del coche, instintivamente, se tocó el bulto de su axila izquierda.

Sheila los dejó andar unos cuantos metros, hasta que desaparecieron de su vista. Entonces echó a correr hacia el aparcadero. Se agachó junto al «Ford Taunus» de Clive Katzin. Asomó la cabeza por encima del morro del coche y vio a los dos recién llegados, de espaldas a ella, seguir caminando hacia la cabaña. Abrió la portezuela con la llave. Se coló en el interior. Introdujo la llave de contacto y esperó a que ellos llegaran hasta la cabaña número seis. Les faltaba muy poco.

Entonces tuvo una idea que le pareció genial.

Echó mano de su navajita, que llevaba en una dependencia de la pequeña maleta, y salió del coche. Se acercó a gatas al de los dos recién llegados. Efectivamente, se trataba de un «Mercedes Benz». Sin ningún escrúpulo les rajó las cuatro ruedas. Luego, sonriendo malévolamente, retornó al «Ford Taunus».

Observó que en aquellos momentos Burt y su acompañante se detenían frente a la cabaña número seis. Le dio al encendido. Metió la primera. Partió rauda. Y ni siquiera se preocupó de mirar atrás.

CAPÍTULO IV

Los golpes en la puerta sonaron fuertes, pero Clive Katzin ni se enteró. Su sueño era muy profundo.

Los dos hombres insistieron en su llamada en el mismo instante que escucharon el feroz arranque del «Ford Taunus».

—Alguien se va —comentó el conductor del «Mercedes Benz».

—Si no nos abren, tiraremos la puerta, ¡maldita sea! —masculló Burt, sin hacer caso de las palabras de su compañero ni del coche que se iba.

Volvieron a golpear la puerta. Ahora los dos a la vez y con mayor fuerza.

Un Clive soñoliento y desnudo, con una dulce sonrisa en los labios, abrió la puerta.

—¿Eres tú, nena? —preguntó, pues se había dado cuenta, al saltar de la cama, de la falta de Sheila.

No era la nena, por supuesto, y cuatro poderosas manos lo empujaron hacia atrás sin ningún miramiento.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —protestó. Y no llegó a pronunciar un cuarto «¡eh!» porque le faltó aire. El conductor del «Mercedes Eanz», un tipo que era casi el doble que él y Clive, como ya hemos dicho, no era un mequetrefe, así que imagínense, lo tumbó sobre la cama, atrapándole con sus manazas el cuello y cortándole la respiración. En un momento se puso colorado como un tomate y sintió que se ahogaba. Un rayo de fatalismo culebreó por su cerebro: aquello era el final, sí, el final de su existencia. Iba a morir ahogado y no entendía por qué. Sólo quería divertirse aquel fin de semana y... Ah, ya, por eso todo continuaba oscuro; debía ser una pesadilla, como cuando chico soñaba con el coco y todos aquellos fantasmas que le producían terror. Todo pasaría, y él volvería a disfrutar de la bella Sheila. Era cuestión de esperar..., pero lo cierto es que cada vez le faltaba más el aire.

Burt se encargó de encontrar rápidamente el interruptor de la luz y le demostró a Clive que aquello era una realidad palpitante y angustiosa. Sheila había desaparecido y dos hombres se encontraban por ella en la cabaña, teniéndole uno de ellos medio ahogado.

Burt miró hacia todos lados con gran ansiedad, mientras Clive emitía extraños gruñidos y pataleaba inocentemente. El joven no podía mover sus brazos porque el matón había procurado, hábilmente, que quedaran atrapados bajo su espalda. Así pues, su sufrimiento era doble, y presentía que poco iba a aguantar en tal estado.

—¡No está, maldita sea! —rugió rabioso Burt, dando vueltas frenéticamente sobre sí mismo.

—El lavabo —indicó el conductor del coche.

—Ah, sí.

Y Burt abrió la puerta del pequeño lavabo. Se llevó una gran desilusión porque estaba vacío. Con grandes zancadas atravesó la estancia y se colocó al otro lado de la cama, también de Clive. Éste miró a uno y a otro, girando los ojos, no la cabeza, con rostro enrojecido y patético.

—¿Dónde está la chica? —le espetó Burt.

—Grrr... Brrr... —le explicó Clive.

—Aflójale un poco, Nelson.

Así lo hizo el matón.

—Vamos, dínos dónde está la chica, la rubia que te acompañaba.

—No..., no lo sé... Cuando ustedes... llamaron a... a la puerta..., yo me desperté y... y ella ya no estaba... Sí, eso..., eso debió hacer...

—¡No nos tomes el pelo, muñeco! —Le agarró por los cabellos Burt. Estiró un poco y obligó a Clive a abrir los ojos desmesuradamente. Creyó que iba a arrancarle el cuero cabelludo.

—¡Ay! ¡Es... la verdad! ¡Ay!

—¿Cómo la conociste?

—Ella estaba en una gasolinera... a las afueras de... de Susanville... haciendo autostop... Yo dije que iba a... a Reno..., ella preguntó si yo... si yo podía llevarla... Le dije sí y... hasta aquí llegamos...

—Creo que dice la verdad, Burt —opinó el matón—. No es más

que un pobre muchacho ligón.

—Sí, eso parece. Espero que no nos estés engañando, muchachito —acercó Burt su fiero rostro, congestionado por el fracaso, al de Clive, sin soltarle aún de los cabellos—. ¡Por tu bien!

—¡Juro haber dicho la verdad! —soltó de una Clive, haciendo un gran esfuerzo.

—Bien —dijo Burt, y abrió su mano dejando libres los pelos del joven.

—¿Lo suelto, Burt? —preguntó el matón.

—Sí.

Clive Katzin pudo al fin respirar a gusto. Creyó, conveniente aclarar aún más la cosa, por lo que dijo con gran énfasis:

—¡Les he dicho la verdad, palabra! ¡Yo sólo voy a Reno a divertirme el fin de semana! ¡No tengo nada que ver con sus asuntos!

De pronto se sintió ridículo, desnudo sobre la cama, entre aquellos dos hombres tan bien trajeados. Buscó nerviosamente la sábana y cubrióse lo mejor que pudo.

—Así que la chica rubia dijo que iba a Reno, ¿eh, ligón? —inquirió Burt.

—Sí, sí —asintió Clive.

—Pues si se ha ido andando, no puede encontrarse muy lejos —comentó el matón.

—A no ser que haya encontrado a otro palomo como éste —sonrió Burt.

—¡O que se haya llevado mi coche! —Pegó un brinco olímpico Clive, saltando de la cama.

Nelson se tiró sobre él para atraparlo de nuevo, creyendo que iba a atacar a Burt. El matón quedó tendido sobre la cama y el muchacho se le escapó por unas pulgadas. Burt, asustado por el bote pronto del joven, se hizo atrás y echó mano de su sobaquera, casi al mismo tiempo que su compañero. Una siniestra «German Luger» hizo acto de presencia entre los dedos de cada diestra de los dos hombres trajeados.

Pero Clive Katzin no iba a por Burt. El joven se acercó a la butaquita donde había dejado sus ropas y registró nerviosamente sus pantalones. Al momento dio media vuelta, encarándose a los dos hombres, y exclamó totalmente abatido:

—¡Se ha largado en mi coche!

Entonces se fijó en las pistolas que le apuntaban al corazón.

—¡Nooo! —aulló horrorizado, pues creyó que iban a matarle. Retrocedió asustado, tropezó con la butaquita y volteó sobre ella, quedando tendido en extraña postura sobre el suelo.

—¡Vámonos! —tronó Burt, guardándose el arma y echando a andar.

El matón fue tras él.

Una vez desaparecieron de su vista, Clive Katzin dejó escapar un suspiro de alivio. Tras unos segundos de meditación, tumbado desnudo sobre el suelo de la estancia, en los que no llegó a ninguna conclusión que valiera la pena sopesar, se puso en pie. Al final decidió vestirse e ir a echar un vistazo al aparcadero.

Salió de la cabaña dando un fuerte portazo.

Cuando llegó al aparcadero, se llevó un par de desagradables sorpresas. Por un lado comprobó que su presentimiento era una cruel realidad: el «Ford Taunus» había desaparecido. Y por otro, todavía se encontraban allí los dos tipos de marras. ¿Cómo se llamaban? Ah, sí.

Burt y Nelson. Muy bien vestidos, pero muy mal educados. Y encima con un elegante y costoso coche.

Los dos se hallaban agachados, en cuclillas, junto a su «Mercedes Benz» y no paraban de soltar una maldición tras otra.

—Parece que la rubia se la jugó, ¿eh? —comentó con cierto regocijo interior al ver las cuatro ruedas rajadas y desinfladas.

—Es muy lista, la condenada —barbotó Burt—, ¡pero la atraparemos! ¡Tarde o temprano caerá en nuestras manos! ¡Vaya que sí!

—¿Se puede saber qué les hizo ella?

—Nos robó dinero.

—Pues debe habérselo gastado ya todo, porque no llevaba un dólar encima.

—Eso te diría, muchacho, para camelarte mejor. Es tremendamente lista, la muy zorra.

—Hum.

Los dos hombres bien trajeados se pusieron en pie.

—¿Y por qué no la denunciaron a la policía? —preguntó a continuación Clive.

—Oh, lo hicimos. Sí, claro que lo hicimos. Pero ella escapó del condado y más tarde del estado. Entonces, por una ladrona de diez mil dólares la policía federal no se toma mucho interés. Y como comprenderás fácilmente, muchacho, diez mil dólares no son mucho para mí. En cambio, esto sí es una cuestión de honor. Aunque tenga que gastar más de esa cantidad, he de encontrarla y escarmentarla. ¡Palabra de Burt Conklin!

—¿Y para eso llevan la pistola?

—Tenemos licencia —repuso secamente.

—¿Son ustedes de Portland, por casualidad?

—Sssí... ¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, ella me dijo que venía de allí.

—Ya, ya. ¿Y te contó algo más?

—Que era cantante y que le habían ido mal las cosas. Que tuvo problemillas con su patrón y que tuvo que largarse con lo puesto, más o menos. Supongo que ese patrón debía ser usted...

—Pero no se largó con lo puesto, la muy hija de perra —siguió hablando Burt Conklin—. ¡Se largó con diez mil dólares que me robó!

—Lo siento, amigo. —Olive se encogió de hombros—. A mí también me ha tomado el pelo. Y mi problema es mucho más grave, porque el coche no era mío. En fin, voy a ver si duermo un par de horitas más. Oreó que mañana tendré horribles dolores de cabeza —y pensó en su patrón, míster Nunally, el cual, con toda seguridad, lo pondría de patitas en la calle.

Echó a andar hacia su cabaña, meditabundo.

Burt y Nelson, cabizbajos, se dirigieron hacia el viejo rancho. Entraron.

—¿Qué? ¿Los encontraron? —les preguntó el encargado con ojos alegres, dejando de leer el *Play-Boy*.

—Ella se fugó con el coche de él.

—¡Vaya con la rubia!

—Pero antes, como recuerdo, nos rajó las cuatro ruedas del coche. ¿Tendría usted tres ruedas de recambio?

—No. Ni una. Lo lamento, amigos.

—¿Conoce por aquí cerca alguien que nos las pueda proporcionar?

—Sí, claro. Tanto en Doyle como en Vinton. Este último pueblo

cae más cerca, a ocho millas de aquí, adentrándose por la estatal 70 y pasando el Beckwourth Pass. Pero ahora no son horas de llamar, amigos. Tendrán que esperar a que sean las siete o las ocho de la mañana.

—Bueno, qué remedio. ¿Tiene alguna cabaña libre donde podamos descansar las horas que faltan?

—Una vez más lo lamento, pero la última la ocupó la pareja.

—Entonces, ¿le importa que nos acomodemos aquí?

—Por supuesto que no. Me harán compañía.

—Gracias, amigo.

—¿Es esto suyo? —le preguntó Nelson—. Me refiero al negocio.

—La mitad. La otra es de mi hermano. Ambos nos turnamos. Vivimos en Vinton.

—¿Le gusta el póquer? ¿Tiene una baraja?

—Sí. Y no sería mala idea echar unas manitas. —Pues ya tarda.

Cuando Clive Katzin llegó a su cabaña, ya le había comenzado el dolor de cabeza. Durante el camino no había hecho otra cosa que pensar en lo que al día siguiente, cuando telefonara a su patrón, le contaría. ¡Con lo amable que había sido míster Nunally con él! ¡Y le había robado el coche la primera tipeja lista que se había cruzado en su camino! ¡Cuánta razón tenía el bueno de Buck! ¡Cómo se iba a reír todo el mundo de él, en cuanto se corriera la noticia por Susanville! ¡Oh, no, no podía ser así! ¡Tenía que haber una salida!

Echó mano del bolsillo derecho de su pantalón para sacar la llave de la cabaña y entonces su diestra tocó la cartera. De pronto tuvo otro mal presentimiento. Sacó con frenesí la cartera y la abrió.

—¡NO! —gritó con rabia al ver que le había desaparecido hasta el último dólar. No sólo se había contentado la muy ladrona con llevarse el coche sino también su dinero. Estaba sin un centavo. ¡Ahora sí que iba apañado!

Una idea asaltó su mente: ¿por qué le había robado el dinero si contaba con diez mil dólares? Además, si realmente tuviera ese dinero, se hubiera largado de Portland en tren, incluso en avión, cuanto más rápido mejor. ¿Para qué correr el riesgo tomando autobuses o haciendo auto-stop? Esto le llevaba a una conclusión, ella no le había mentado; no tenía dinero. Entonces, ¿por qué le había engañado Burt Conklin?

CAPÍTULO V

Conally, como así se llamaba el semidueño del rústico parador, telefoneó a las siete de la mañana a su hermano, quien a las ocho tenía que relevarle, para que antes de salir de Vinton avisara a los del taller de reparaciones. El hermano de Conally no vio muy claro eso de que se pudieran conseguir tres ruedas para un «Mercedes Benz» en Vinton, pero dijo que procuraría hacer todo lo posible.

A las ocho y cuarto de la mañana llegaron el hermano de Conally y el dueño del taller de reparaciones, en el coche del primero. Luego, en ese mismo coche, se largarían para Vinton Conally y el tipo que acababa de llegar con su hermano.

Burt y Nelson tuvieron suerte. Habían encontrado tres ruedas apropiadas para su elegante coche.

El mecánico de Vinton se puso en seguida al trabajo, mientras Burt y Nelson lo observaban con gran nerviosismo, producido por el sueño que arrastraban y la prisa que tenían por llegar a Reno.

Entretanto, Clive Katzin ya se había aseado y vestido. Apenas había dormido durante el resto de la noche, cavilando incesantemente.

Había llegado a algunas conclusiones. Por ejemplo, que no iba a telefonar a su patrón, a míster Nunally, para comunicarle el robo del coche. No, señor. No hacía falta. Si Sheila lo único que pretendía era llegar a Reno, como así se lo había parecido, el coche estaría allí abandonado. Sólo sería cuestión de denunciar el robo a la policía y ellos se encargarían de encontrárselo. También se encargaría de denunciarla a ella por haberle robado el dinero, pero eso era secundario. Lo más importante era recuperar el coche. Por otro lado, si Sheila no pensaba detenerse en Reno, pronto tendría que abandonar el coche, ya que éste representaría un serio peligro para ella, pues era lógico pensar que él, Clive, denunciaría el robo a la policía y todos los autos-patrulla del condado estarían alerta. Por

lo tanto, el coche no podía haber ido mucho más allá de Reno, y estaba seguro —había que autoconvencerse, qué remedio; si no, adiós, empleo— de que volvería a su poder.

Pero también le picaba el cerebro el problema formado por el triángulo Burt-Nelson-Sheila. ¿Qué ocurría entre ellos? ¿Por qué mentían? Era algo que le intrigaba, pero que dejó a un lado porque la recuperación del coche era vital para él.

Y del dinero, ¿qué? Bueno, si la policía la encontraba también a ella, el dinero volvería a su bolsillo. Ahora bien, si no la encontraban, ¡adiós, fin de semana en Reno! Volvería a Susanville con el rabo entre las piernas.

Abandonó la cabaña número seis con la bolsa de viaje sobre el hombro y se dirigió hacia el viejo rancho. Gracias al cielo se le había ocurrido pagar al tomar la cabaña y ahora sólo tenía que devolver la llave. Luego, se pondría a hacer *auto-stop* en la carretera. O...

Cuando llegó a la altura del aparcadero, ya no vio el coche de Burt y Nelson. Mientras caminaba hacia allí había pensado que si los dos tipos bien trajeados aún se encontraban en el parador, podía aprovecharlos para trasladarse hasta Reno, ya que ellos, que iban tras la chica, hacia allí tendrían que dirigir sus pasos. Pero como ya no estaba allí el «Mercedes Benz» pronto olvidó estos pensamientos.

Entró en el viejo rancho. En el mostrador ya no se hallaba el tipo de los horribles silbidos, sino otro que se le parecía mucho. Éste, en vez de silbar, canturreaba con voz de pato.

Había algunos clientes en el local, todos ellos desayunando. A Clive el estómago le hizo unos extraños ruidos, con toda seguridad pidiendo su ración, pero el joven tuvo que pensar en otras cosas, porque en estos momentos no tenía ni para una tostada.

Se acercó al mostrador y dejó sobre él la llave de la cabaña.

—Aquí tiene, amigo —le dijo al pato cantor—. Es la de la cabaña número seis.

—Ah, muy bien. —El tipo tomó la llave y luego miró fijamente al joven—. ¿Usted es al que su compañera le robó el coche?

—Sí.

—Lo siento.

—Más lo siento yo, que ahora no tengo medio de transporte para llegar a Reno.

—Hombre, eso no es problema.

—¿No?

—Qué va. Mire, la mayoría de los presentes saben de su desgracia.

—Jo, sí que han corrido rápidas las noticias.

—De algo hay que hablar, amigo. Además, al cliente le gusta esta clase de historias. Son la mar de divertidas... Bueno —observó el rostro serio de Clive—, perdone. No ha sido mi intención.

—Déjelo. Es igual.

—En seguida resuelvo su problema, amigo. Ya verá.

El pato cantor dio un salto por encima del mostrador, igualito al de su hermano, y se aproximó a una de las mesas.

Ésta estaba ocupada por un matrimonio de mediana edad. El hermano de Conally les habló durante unos segundos. El hombre y la mujer miraron hacia Clive, observándole.

Luego, el pato cantor le hizo una seña y se aproximó.

—Ellos son los señores Mac Donald —presentó el semidueño del parador—. El es...

—Clive Katzin —dijo él—. Tanto gusto, señores.

—Bien, amigo Katzin —dijo el hombre, en el cual lo más destacado era el espeso bigote que casi cubría su boca—. Trevor nos ha informado de su problema. Nosotros también vamos a Reno y, por supuesto, no tenemos ningún inconveniente en llevarle.

—Muchas gracias, míster Mac Donald.

—No hay de qué, muchacho.

—Gracias, amigo —le dio Clive una palmadita amistosa en la espalda al pato cantor.

—Hasta otra —se alejó Trevor.

—Vamos, siéntese, mientras nosotros terminarnos —le ofreció una silla al señor Mac Donald. Su esposa no hablaba porque estaba empeñada en el trabajo de engullir un hermoso pastel que produjo una fuerte secreción de las glándulas salivares de Clive.

—¿Quiere tomar algo? —añadió el hombre.

—No, gracias. Nunca desayuno.

—Como quiera.

El matrimonio Mac Donald tardó quince minutos en despachar su abundante desayuno. Quince minutos de auténtico martirio para Clive Katzin.

Sheila había pasado el resto de la noche en el interior del coche, aparcado cerca de Kirman Park. Ahora, por la mañana, lo abandonó, siempre llevando consigo bien sujeta la pequeña maleta.

Su meta era, desde luego, Reno. Y allí se encontraba al fin, tras recorrer muchas, muchísimas millas, y sufrir más de un susto. Portland quedaba ya muy lejos y Acapulco más cerca.

Ella estaba convencida de que Clive Katzin la denunciaría a la policía en cuanto pudiera y que Burt y Nelson se presentarían en Reno, a no más tardar, aquella misma mañana. Por tanto, en la ciudad, a partir de esas horas, iba a haber mucha gente empeñada en buscarla. Pero ella no podía seguir huyendo, no por ahora, porque su destino era Reno.

Esto fue lo que la decidió a no precipitarse en cuanto llegó a Reno, buscando en seguida a quien tenía que buscar, y por ello permaneció en el interior del coche esperando a que las tiendas abrieran.

Se introdujo en unos grandes almacenes de Vassar Street, cerca del cruce con Kirman Avenue. Allí se confundió entre los primeros clientes del día, que eran bastantes. Escogió unos pantalones vaqueros y un *sweater* poco llamativo. En el mismo probador se cambió de ropas, guardando las otras en su pequeña maleta. Luego se trasladó a la tercera planta y allí se compró un gran bolso de viaje. Más tarde llegó a la quinta planta, donde estaban los servicios y la cafetería-restaurant, y se coló en los primeros. Rápidamente pasó todas sus pertenencias de la pequeña maleta al bolso de viaje. Por último, dejó la pequeña maleta allí mismo.

De nuevo en la calle, echó a andar por Kirman Avenue y, después de pasar el Veterans Hospital, encontró lo que buscaba. Una óptica.

Entró decidida y le pidió a la empleada regordeta y bizca que atendía el negocio unas lentillas de contacto, de color oscuro. La empleada, que debía encontrarse aburrida, quiso pegar la hebra con ella al tiempo que le mostraba un amplio muestrario de lentillas de contacto, pero Sheila cortó rápidamente por lo sano, escogió unas sin pensárselo mucho, se las colocó, vio que le iban bien, pagó y se fue.

Continuó caminando Kirman Avenue hacia arriba, siempre mirando a un lado y a otro. Lo hacía por dos razones: una, por

temor; otra, porque buscaba algo.

Por fin, en la esquina con Stewart Street, halló lo que quería: una peluquería de señoras. Ésta se encontraba en el segundo piso del edificio. Subió. Desgraciadamente, había clientela, así que tuvo que esperar. Se sentó, colocó el bolso de viaje sobre una mesita, «Haper's», poniéndose a leer. Cuando le llegó el turno, pidió que le tiñeran el pelo.

También le hicieron la manicura y le pintaron las uñas de un granate llamativo.

Desde luego, cuando salió a la calle quedaba apenas nada de la Sheila que Clive y Burt habían conocido. Y por supuesto, a partir de ahora, podría tropezarse de narices con cualquier oficial de policía.

Detuvo a un transeúnte y le preguntó:

—¿Sería tan amable de decirme por dónde se encuentra la West Sth Street?

—Oh, señorita, eso está lejos, al norte de la ciudad, al otro lado del Truckee River. Atiéndame y verá...

CAPÍTULO VI

El señor Mac Donald, muy amable, le dejó ante las puertas fiel Police Department de Reno.

Clive Katzin se alegró de haber llegado, tras haber experimentado en la persona de la señora Mac Donald lo que puede dar de sí una cotorra durante veintiséis millas (y tan callada que parecía, allá en el viejo rancho). Se despidió del matrimonio y entró en el recinto policial.

Le atendió un oficial que llevaba la graduación de sargento. Era joven, robusto y poseía un rostro amigable. Compuso una sonrisa y le preguntó:

—¿Qué desea?

—Quisiera denunciar un robo.

—¿De qué?

—Oh, un robo de coche.

—Un momento.

El sargento removió los papeles de su mesa en busca del impreso de robo de coche. Al fin lo encontró y se trasladó a la mesita donde descansaba la máquina de escribir. Colocó el impreso en el carro y alzó la vista.

—Dígame su nombre.

—Clive Katzin.

—Mejor: enséñeme su documentación y su permiso de conducir.

—Sí, sí. —Clive echó mano de su cartera y sacó lo que le pedía el sargento.

El oficial de policía comprobó las fotos y luego el nombre. Soltó un gruñido de asentimiento. Sin mediar palabra, se puso a trasladar al impreso los datos necesarios.

Luego, cuando dejó de escribir, volvió a alzar la vista, le devolvió a Clive sus documentos y le preguntó:

—¿Cuál es la marca de su coche?

—Un «Ford Taunus».

—¿Color?

—*Beige*.

—¿Matrícula?

—Pues...

—¿Qué le ocurre?

—Pues...

—¡No me diga que no sabe la matrícula de su coche! —exclamó el sargento.

—Verá... —Clive se sonrojó. ¿Por qué no se había fijado, maldito fuera? Claro que, ¿quién iba a pensar que se iba a ver en estos problemas?—. La verdad es que... es que no la recuerdo... No, no la recuerdo...

—Oiga, usted me está tomando el pelo.

—No.

—Al menos sabrá algunas letras, algunos números...

—No, no...

El sargento arrugó el ceño.

—Creo que voy a llamar a nuestro departamento de psiquiatría —dijo.

—¡Espere! —Se asustó Clive—. ¡No se lo tome así! ¡Yo le explicaré!

—Adelante. Lo estoy deseando ardientemente.

—Es que... resulta que... el coche..., el coche no... no es mío...

—¡Oh! ¿Conque el coche no es suyo?

—Sí, el coche no es mío.

—Le han robado un coche que no es suyo.

—Así es, sargento.

—Muy bien, muy bien.

El sargento se puso en pie y se acercó al teléfono. Descolgó el auricular y marcó unos números.

—¿División de Detectives, Sección de Bobos? —preguntó—. Póngame con el teniente Faulkner, por favor.

—Esperó, observando entretanto al asustado Clive. —¿Teniente? Soy yo, el sargento Randall. Mire, aquí tengo un caso que se sale de mis atribuciones. Mande a uno de sus hombres para acá, haga el favor. Adiós, teniente.

—Oiga, yo... —balbuceó Clive.

—Siéntese allá —le indicó—. Usted, señora —le dio el turno a una mujer entrada en carnes.

—Verá, oficial; se trata de mi hijo...

Clive ya no oyó más porque llegó al banco que le había indicado el sargento y que se encontraba en un rincón, al fondo de la amplia estancia. Se quedó mirando fijamente las escaleras que tenía al frente.

Un minuto más tarde vio bajar por ellas a un hombre de estatura mediana, que estaría frizando los treinta y cinco años de edad. Iba en mangas de camisa y el nudo de la corbata lo llevaba aflojado. Se acercó al sargento Randall, quien abandonó por unos momentos a la señora entrada en carnes, y los dos se pusieron a hablar, mirando hacia él de vez en cuando. El sargento le pasó el impreso que había medio rellenado y luego el tipo de paisano se dirigió hacia él.

—¿Usted es Clive Katzin? —le preguntó.

—Sí, yo soy —se puso en pie el joven.

—Soy el detective Fox.

—¡Vaya! —Se le escapó a Clive, pensando si aquello sería un nombre o un apodo.

—¿Cuán zorro sería?

—¿Qué?

—No, nada.

—Venga. Vayamos arriba.

Los dos subieron por las escaleras hasta el segundo piso. Atravesaron una estancia repleta de mesas, papeles, hombre y murmullos, y luego el tal Fox le hizo entrar en una especie de cubículo de cristal.

—Tome asiento.

Había allí dos sillas y una mesa. Nada más.

Clive se sentó, como un buen chico. El detective lo hizo a horcajadas, frente a él.

—Vayamos al grano, muchacho.

—Verá usted, detective, yo le puedo contar todo... —Se mojó los labios nerviosamente Clive—. Yo no he hecho nada malo... Esto...

Acabó contándolo todo. De pe a pa. Su ilusión por pasar un fin de semana en Reno. El favor de su patrón, al dejarle un coche. Su encuentro con la rubia Sheila. Su otro encuentro con los extraños y bien trajeados tipos llamados Burt y Nelson, que iban

persiguiéndola...

—Yo lo qué quiero, sobre todo, es recuperar el coche, ¿entiende, detective? —Clive había vuelto a recobrar la confianza en sí mismo —. ¡Tengo que recuperar el coche! Lo del dinero ya me da igual.

—Comprendo, muchacho —cabeceó el detective Fox, quien ya se había dado cuenta que no se encontraba ante un peligroso delincuente, sino ante todo lo contrario.

—¡Encuentren el coche, por favor!

—Haremos todo lo posible. Y también procuraremos encontrar a esa chica rubia.

—Lo único que pido es que para resolver todo este asunto no se pase comunicación alguna a mi patrón, míster Nunally, en Susanville. No quiero que sepa lo que ha sucedido. Sería fatal para mí; perdería con toda seguridad el empleo y...

—Mira, muchacho, no quiero engañarte. Como comprenderás yo he de hacer una serie de comprobaciones para averiguar si realmente existe ese tal míster Nunally, su negocio de coches, etc. Creo en tu palabra, pero mi trabajo me exige desconfiar de todo. Lo que sí puedo prometerte es que se hará con la mayor discreción posible. Por ejemplo, llamaremos al *sheriff* del condado de Lassen. ¿El te conoce?

—Sí, sí. Vive en Susanville. Y también conoce a míster Nunally.

—Muy bien. Haremos eso. Mientras tanto tendrás que permanecer aquí. Aprovecharás el tiempo redactando un informe de cuánto ha sucedido.

—Lo que usted diga, detective Fox.

El policía abrió la puerta y pegó un grito:

—¡Louis, ven acá!

El número cincuenta y ocho de la West 5th Street correspondía a un viejo edificio de apartamentos. Sheila se quedó unos instantes mirándolo de arriba abajo. Daba la impresión de que fuera a venirse encima de uno de un momento a otro, de puro viejo. Realmente, era un edificio que llamaba, la atención entre los otros de aquel pedazo de calle, mucho más modernos.

Sheila entró en él, llevando su bolso de viaje consigo, y en su camino no encontró portero, ni conserje, ni nada parecido. La entrada estaba sucia a rabiar. Le echó una ojeada a los buzones y

encontró el que buscaba. Thomas Conway, puerta cinco.

No había ascensor, así que tuvo que subir andando los tres pisos.

Cuando llegó frente a la puerta número cinco, jadeaba ligeramente. Tocó el timbre.

Tardaron en abrirle.

Lo hizo una mujer. Era pelirroja y se cubría con un ajado batín. Su belleza no era nada del otro mundo, tal vez porque aún no había pasado por el tocador. Desde luego, tenía todo el aspecto de haber saltado de la cama hacía un instante.

—Lo siento, nena; pero no me interesa nada —dijo—. Otro día será.

Y fue a cerrar la puerta.

—No vendo nada, Betty.

La pelirroja parpadeo al oírse llamar por su nombre. —¿Me conoces?— preguntó incrédula.

—Yo conozco a mucha gente. ¿Está por ahí Tommy?

—¿También conoces a Tommy?

—¿Puedo pasar?

—¿Quién eres tú?

—¿Qué ocurre, Betty? —Llegó hasta ellas la voz de un hombre—. ¡Manda al diablo al intruso y vuelve a la cama!

—Voy a pasar, Betty —dijo la ahora morena Sheila, dando dos pasos al frente y cruzando el umbral. La pelirroja no se lo impidió. Estaba muy sorprendida.

—¿Quién eres tú? —repitió, cerrando la puerta.

—Es una sorpresa —le guiñó el ojo Sheila—. ¿Dónde está Tommy?

—¿Quién infiernos pregunta por mí? —tronó la voz del mismo hombre de antes, el cual apareció ante ellas unos segundos después.

Era grandote, alto y tendría unos treinta años, dos menos que la pelirroja. Poseía unos bonitos ojos azules y una fea nariz aplastada, como la de un exboxeador. Se cubría con un sucinto *slip* e iba descalzo.

—Vaya, vaya —exclamó sonriendo—. Otra mujercita en mi modesto apartamento. Hoy debe ser mi día grande en cuestión de mujeres. ¿Quieres tú también compartir mi cama, monada? —le preguntó, haciéndole una ridícula y burlona reverencia.

—Déjate de payasadas, Tommy —dijo secamente la recién

llegada—. ¿Es que no me reconoces? Soy Sheila, tu adorada hermana.

Con la ayuda del detective Louis, un joven de su edad aproximadamente, Clive Katzin redactó el informe. Luego, lo firmó.

Mientras esperaba a Fox, quien había ido a hacer las comprobaciones pertinentes, se enteró por qué éste mandaba sobre Louis. Resultó que Fox era un detective de primer grado y Louis de tercero. A Fox le faltaba muy poco para su ascenso a sargento de detectives.

Cuando el zorro entró en el cubículo de cristal, lo hizo con una sonrisa de satisfacción.

—Muchacho —dijo—, todo comprobado. Puedes largarte.

—¿Habló con el *sheriff* del condado?

—Sí.

—Le rogó que...

—No dirá nada. No te preocupes.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Ahora hay que esperar a que aparezca el coche.

—Sí.

—Como esto puede llevar horas, incluso más de un día, lo mejor es que nos des una dirección o un teléfono, adonde podamos avisarte.

—Oh, ya.

Clive se quedó pensativo.

—¿No tienes adónde ir? —le preguntó Louis.

—Bueno, sí. Mi patrón me facilitó la dirección de un hotel barato, pero...

—Pero lo que no tienes es dinero —terminó la frase Fox.

—Sí.

—Creo que tendremos que hacerle un préstamo, Louis. Ya nos lo devolverá si cogemos a esa rubia...

—Sí, así pondremos más interés en atraparla —rió el detective de tercer grado Louis.

—Aunque no la encuentren, yo les devolveré su dinero. Se lo mandaré desde mi pueblo.

—Está bien, muchacho.

Los dos policías se rascaron el bolsillo y cada uno le dio diez

dólares.

—Gracias, gracias —dijo emocionado Clive—. Con esto ya podré pagar esta noche de hotel. Mañana ya espero tener el coche y regresar a Susanville.

—Bueno, muchacho —dijo Fox—. Ahora sólo falta que nos des la dirección de ese hotel y allí te avisaremos cuando encontremos el coche.

—De acuerdo —cabeceó Clive, y sacó de su cartera el papel que le entregara su patrón.

Sheila comentó:

—Parece que mi disfraz es de los buenos. Ni mi propio hermano me ha reconocido.

—Hay que tener en cuenta que hacía mucho tiempo que no nos veíamos —dijo Thomas Conway, quien ya se había adecentado algo, colocándose unos pantalones y calzando unas zapatillas—. Casi tres años.

—Sí —asintió la ahora morena Sheila—. Tres años, más o menos.

Los tres se encontraban acomodados en la única sala del apartamento, la cual tenía tres puertas que daban al lavabo, cocina y dormitorio. El apartamento no daba para más.

—¿Y qué es lo que te ha traído a Reno, Sheila? —preguntó su hermano—. Según tu última carta te encontrabas en Portland, y muy bien, esa impresión me dio.

—Sí, es cierto. Pero pronto los vientos soplaron de diferente forma. Y tuve que poner tierra por medio.

—Pues si piensas en pedirme algún préstamo, mal lo veo. Las cosas no me van muy bien.

—Ya lo he observado, querido hermanito. La casa está que se cae. Y además parece un estercolero.

Ni Thomas ni Betty se ofendieron por esas palabras. Permanecieron impasibles.

—De todas formas, puede que a partir de ahora todo me vaya mejor. He empezado a trabajar para un tipo importante en Reno. Jerry Gilmore. ¿Has oído hablar de él, Sheila?

—No.

—Bueno, es lógico. Portland queda muy lejos. Jerry Gilmore es uno de los reyezuelos del hampa de esta ciudad. Ahora estoy de

prueba, pero espero demostrarle pronto que valgo.

—Muy bien, Tommy. Pero ¿eso quiere decir que has dejado tu oficio de vendedor callejero de drogas?

—Sí.

—Ajá. Pero aún mantendrás tus antiguos contactos.

—Por supuesto.

—Eso está mejor.

—¿Qué te traes entre manos, Sheila?

—Verás...

Sheila Conway tomó el bolso de viaje que llevaba consigo y lo abrió.

—Se puede decir, querido Tommy, que tu hermanita ha venido desde Portland a resolverte el futuro. A ti y a tu amiguita Betty, de la cual sabía por tus cartas. He venido ha proponerte un gran negocio.

—Me tienes sobre ascuas, Sheila. Habla ya. Explícate mejor.

Sheila introdujo la diestra en el bolso de viaje y comenzó a hurgar. Fue sacando espaciosamente cinco saquitos, uno a uno.

Los fue dejando sobre la mesa.

—Éste es el negocio, Tommy —señaló los cinco saquitos—. En cada uno de ellos hay un kilo de heroína puro. Hay que «colocar» esa droga. ¿Y quién mejor que tú?, pensé yo.

CAPÍTULO VII

El hotel de Joseph Logan se encontraba en Sharon Way, frente al Truckee River y cerca del Idlewild Park. Tenía poco de hotel y más de hotelucho. Se trataba de un viejo edificio, de paredes desconchadas y sucias. El pequeño rótulo donde se anunciaba con letras mayúsculas y rojas

LIGAN'S

HOTEL parecía no haber sido limpiado desde la Segunda Guerra Mundial; las letras se leían con dificultad y posiblemente más de un miope en busca de alojamiento habría pasado de largo creyendo que aquello era el Basurero Municipal.

El autopatrulla que se detuvo frente a su puerta giratoria —sin portero, por supuesto— llamó la atención de más de un vecino curioso.

—Posiblemente lo vayan a precintar hasta que vengan los de Sanidad —comentó el gracioso de turno que nunca falta en los corrillos de curiosos.

Del autopatrulla, ante la sorpresa de los pocos testigos de la escena, no descendieron los oficiales de policía, sino un hombre de paisano. Era Clive.

El joven se despidió de los dos patrulleros que habían tenido la gentileza de trasladarlo hasta la misma puerta del hotel Logan, por recomendación especial del detective Fox.

—Supongo que estará vacunado, ¿eh, amigo? —le dijo guasón uno de los *rookies*.

—Rezaremos por usted —agregó el otro.

El coche arrancó y se perdió Sharon Way hacia abajo.

Clive entró decidido. Para mover la puerta giratoria tuvo que empujar con las dos manos, tan mal funcionaba la pobre.

Llegó al mostrador de recepción, sin fijarse para nada en el único hombre que ocupaba el *hall*. El tipo leía distraídamente un

periódico.

Le atendió un hombrecillo medio calvo, casi insignificante, que estaría rondando la cincuentena. Poseía unos ojos vivaces y unas manos sarmentosas. Sonrió de oreja a oreja al ver al recién llegado.

—¿Habitación, señor? —le preguntó con la voz de los domingos.

—Pues..., sí. —Clive no estaba muy convencido del lugar. Le parecía poco recomendable. Y le extrañaba enormemente que su patrón, el potentado míster Nunally, le hubiera enviado a un sitio así. El quería un hotel barato, pero aquello...

—Estupendo, señor. —El hombrecillo le puso ante las narices el libro de registro, ya abierto, y una pluma estilográfica—. Firme aquí.

Clive firmó mecánicamente. De todas formas le convenía aquel sitio porque le cobrarían barato.

—El precio es de...

—Verá usted —le interrumpió Clive—. Vengo recomendado por míster Nunally, de Susanville. Espero que me haga un precio especial, de amigo. Supongo que usted debe ser Logan, ¿no?

—Sí, sí. Soy Logan, el dueño de este confortable hotelito.

—¿Y vive de esto?

—Oh, sí. La clientela no es mucha, pero se va tirando, sí.

—Bueno, ¿qué hay respecto al precio?

—Siendo un amigo de míster Nunally no tengo ningún inconveniente en hacerle un precio especial. Realmente, le esperaba.

—¿Cómo es eso?

—Verá, míster Nunally me telefoneó ayer tarde avisándome de su llegada y recomendándomelo. Le esperaba por la noche.

—Hice un alto en el camino. En un parador.

—Oh.

—¿Y qué hay del precio?

—También me dijo su patrón que usted era su mejor empleado y como premio a su trabajo le había prestado uno de sus coches.

—Sí —fue muy queda la afirmación.

—¿Ha encontrado usted aparcamiento por aquí cerca? ¿Ha tenido alguna dificultad?

—Yo..., pues... No, no... en absoluto.

¿Cómo diablos iba a decirle que le habían robado el coche,

siendo amigo de míster Nunally? Podría descolgar el teléfono y meterle en un serio aprieto.

—Muy bien, muy bien. —El hombrecillo acentuó aún más su sonrisa, como si estuviera la mar de satisfecho, y dio media vuelta para coger una llave de las que habían en el tablero colgado de la pared—. Su habitación es la número diez. —Le entregó la llave—. Piso segundo.

—Pero ¿y el precio?

—Oh, qué atolondrado estoy —se llevó una mano a la frente—. Dos dólares por día, incluido el desayuno, ¿qué le parece? ¿Verdad que es una ganga?

—Sí, amigo Logan. Muchas gracias.

Clive tomó la llave, se echó el bolso de viaje al hombro y encaminó sus pasos hacia la escalera. Por ésta se tropezó con una pareja que bajaba: él iba ajustándose el nudo de la corbata y ella abotonándose la blusa.

El tipo que leía distraídamente el periódico le siguió los pasos a Clive por encima de las hojas, hasta que desapareció de su vista. Luego, clavó sus fríos ojos en el hombrecillo.

Logan descolgó en aquellos momentos el auricular del teléfono. —El pajarito está en la jaula— dijo escuetamente.

—Sí, querido Tommy, querida Betty —comenzó a explicarles la ahora morena Sheila—. Las cosas no me iban nada mal en Portland. Empecé de cantante en un *nigth-club* y acabé en la cama de uno de los hampones más importantes de la ciudad. Me lo metí hábilmente en el bolsillo y durante una buena temporada todo me fue de perlas. Yo era la reina. Pero ya sabéis cómo son esta clase de hombres: necesitan variedad. Con el tiempo pasé a segundo término y por último me dio la patada en las nalgas, sin apenas gratificarme por los servicios prestados. Esto estuvo muy feo, así que yo decidí vengarme. Y no se me ocurrió otra cosa que meter mano en uno de sus cargamentos de droga, recién llegadita al puerto. Había lo menos veinte paquetitos como éstos, pero yo no quise ser ambiciosa y me conformé con cinco. De todas formas, ¿adónde iba a ir yo arrastrando veinte kilos de heroína? Demasiado peso para una chica como yo. Por lo tanto, cogí los cinco saquitos y empecé a poner tierra por medio. En seguida pensé en ti, hermanito, dado el

honorable oficio que yo te conocía, para «colocar» la mercancía. Así que me vine para acá, eso sí, tomando toda clase de precauciones y cambiando a cada momento de autobús, puesto que sabía que Edward Saphiro, el gran hijo de perra que ojalá pronto se pudra, enviaría sus mejores lebreles tras mis huellas. Cuando creí que los había confundido totalmente, me encontré sin un centavo, y tuve que hacer *auto-stop*. Me detuve a pasar la noche con el conductor en un viejo parador y allí me localizaron los perros de presa del bastardo sátiro de Edward Saphiro. Uno de ellos era nada menos que Burt Conklin, su maco derecha. Escapé por pelos y llegué por fin a Reno. Inmediatamente cambié mi atuendo porque si he de moverme por la ciudad, quiero hacerlo con entera libertad. No sólo me persigue Burt Conklin, sino también la policía, imagino, ya que tuve que robar un coche.

Y eso es todo.

—Una auténtica odisea —comentó Betty.

—Quiero que soluciones el asunto cuanto antes, querido Tommy —agregó Sheila—. Deseo largarme rápidamente de Reno.

—Creo que tengo una rápida solución —dijo él—. Estoy seguro de que a mi jefe le va a interesar esta droga.

—Entonces, telefonéale. —Eso voy a hacer.

Un hombre largo y escuálido entró apresuradamente en el hotel de Logan. Se detuvo frente al hombrecillo, la respiración alterada.

—¿Qué? —le preguntó el dueño del hotel.

—No está —respondió el otro.

—¿Cómo que no está, estúpido mamarracho? —barbotó enfadado Logan.

—He recorrido Sharon Way arriba y abajo. También las calles adyacentes. Todos los alrededores. No hay el menor rastro de él.

—¡No puede ser! ¡Tú estás ciego, Jeremy!

—Te digo que no está y es que no está, Logan. Ese tipo te ha engañado.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —se encogió de hombros Jeremy.

—Oye, Jeremy —dijo Logan, mirando por encima de uno de los hombros de su interlocutor—. ¿Conoces a ese fulano que está ahí leyendo el periódico?

Jeremy miró disimuladamente.

—No, creo que no.

—Pues no me gusta nada. Se hospedó anteayer y desde entonces prácticamente no se ha movido del *hall* para nada. Un fulano raro.

—Bah.

—Hay que estar en todo.

—Lo importante es lo otro. ¿Qué hacemos?

Cuando descolgaron al otro lado del hilo telefónico, Thomas Conway preguntó adecuadamente:

—¿Podría hablar con el señor Jerry Gilmore?

Aguardó unos segundos.

—¿Jefe? —inquirió cuando escuchó un ruido, señal inequívoca de que alguien acababa de coger el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, Conway.

—Ah; hola, Thomas.

Conway se sintió orgulloso de que su patrón se acordara de su nombre de pila. —Me alegro de que me hayas llamado, muchacho —agregó Gilmore, al ver que el otro no decía nada—. Precisamente iba a telefonear ahora. Ya sabes en lo que ha estado trabajando Duke en estos últimos días... Parece ser que está ahora sobre la buena pista, y si necesita ayuda, recurrirá a ti. Supongo que estarás desocupado, ¿eh?

—Sí, jefe, sí.

—En fin, cuando llegue la hora espero que no me defraudéis. ¡Quiero eliminar cualquier clase de competencia en «mí» ciudad!

—No tendrá quejas de nosotros, patrón.

—Así me gusta oírte hablar, Thomas. Si continuas así llegarás lejos dentro de mi grupo.

—Eso espero, jefe.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Me llamabas para algo, ¿no?

—Oh, sí. Infiernos, ya se me olvidaba.

—Adelante, muchacho.

—Verá, jefe... Mi hermana ha llegado a la ciudad con un cargamento de heroína pura: cinco kilos.

—Hum —murmuró Gilmore.

—Ella quiere venderlo y yo he pensado en usted como comprador.

—A jajá.

—¿Qué le parece, jefe?

—Que has hecho bien en avisarme, muchacho. Hubiera estado muy feo que esa heroína fuera a pasar a la competencia. —Le juro que en seguida pensé en usted.

—Muy bien, Thomas. Imagino que tu hermana querrá cerrar, el trato cuanto antes, ¿no?

—Sí, sí.

—Entonces..., ¿qué os parece esta tarde, sobre las siete, en mi casa?

—Allí estaremos, jefe.

—Adiós, muchacho.

—Hasta la tarde, jefe.

Thomas Conway colgó el auricular y miró a su hermana y a su amiguita.

—Bueno —exclamó—. Todo solucionado.

—Pero no has hablado de precio... —protestó Sheila.

—Oh, con el jefe no hace falta. Seguro que se portará bien. Yo confío en él. —Pero yo, no. No le conozco de nada.

—Tranquilízate, hermanita.

—Está bien.

—En cambio, sí podríamos hablar de precio..., respecto a mí.

—¡Ya salió el interesado! —exclamó ella.

—¿Cuál va a ser mi parte?

—¿Te parece bien el treinta por ciento? Es demasiado solo por «colocar» la droga, pero teniendo en cuenta que eres mi hermano...

Thomas miró a Betty. Ésta asintió.

—*Okay*, hermanita —cabeceó él.

A una indicación de Logan, Jeremy salió del hotel, de nuevo a recorrer las calles de los alrededores. El hombrecillo se quedó mirando fijamente al hombre que leía distraídamente el periódico.

Éste se movió por fin. Dobló el periódico y se puso en pie. Sin mirar ni una sola vez siquiera hacía recepción, echó a andar cansadamente hacia el teléfono público que había al fondo del *hall*.

Clive Katzin apenas pudo pegar ojo durante el tiempo que estuvo en su habitación. Permaneció echado sobre la cama, vestido como estaba, mirando al techo y meditando sobre las cosas que le habían sucedido desde que inició el viaje a Reno. ¿Podía haber un tío con más mala suerte que él?

Se le hizo la una de la tarde sin que el hombrecillo, el tal Logan, viniera a avisarle que tenía una llamada telefónica (la habitación carecía de teléfono, así como de otras muchas cosas). Ésa tan esperada llamada de la policía en la que se le comunicaría que ya habían encontrado el coche.

Decidió al fin abandonar la habitación y salir a la calle en busca de algún restaurante cercano. El hambre comenzaba a hacer estragos en su estómago.

Cuando llegó al *hall*, observó que todo seguía igual. El hombrecillo tras el mostrador de recepción, algo aburrido, y el tipo del periódico sentado donde antes, leyendo distraídamente.

Cruzó el *hall* y en eso le llamó el dueño del hotel. El tipo del periódico alzó la vista.

—¿Qué hay? —preguntó el joven acercándose.

—¿Se va usted?

—¿Acaso no lo ve? —preguntó malhumorado. La culpa de su estado nervioso la tenía el coche. O la chica, la rubia de ojos azules. ¡Oh, mujeres!

—Perdone.

—Sólo voy a ver si como algo.

—Ah.

—Si alguien me llama por teléfono, tome el recado. —Pensó que los de la policía serían inteligentes y le avisarían de una forma disimulada, para que el dueño del hotel no se percatara de la gravedad del asunto.

—Por supuesto.

—¿Conoce algún restaurante por aquí cerca?

—Desde luego. Hay uno muy bueno y económico tres manzanas hacia abajo. El

Dorian's.

Lo distinguirá en seguida porque tiene un rótulo muy llamativo.

—Vale. Muchas gracias.

El hombrecillo le sonrió como despedida.

Clive Katzin salió a la calle, después de esforzarse en mover la puerta giratoria. Echó a andar Sharon Way hacia abajo. Justo cuando llegaba al cruce con California Avenue, se tropezó inesperadamente con Louis, el detective de la Sección de Robos del Departamento de Policía de Reno.

—¡Hombre! —exclamó el policía—. ¡Ahora iba hacia el hotel!

—¿Alguna novedad? —preguntó Clive con cierta timidez, después de estrechar la mano del detective.

Louis le mostró las llaves del coche, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Lo han encontrado! —exclamó Clive, jubiloso.

—Exacto, muchacho. No tardaron mucho, ésa es la verdad. La chica lo dejó en un sitio muy conocido y llamativo, junto a Kirman Park.

—¡Uf! —suspiró largamente Clive—. Siento que me desinflo y que todo lo que se me escapa es ese maldito aire angustioso que me embargaba.

—Pero de la chica rubia seguimos sin tener noticias.

—Eso es lo de menos.

—Tal vez pronto tengamos noticias frescas. Ahora están batiendo la zona de Kirman Park. Posiblemente alguien la recuerde.

—Bueno, ya casi me he resignado a perder el dinero. El coche era lo importante.

Clive Katzin tomó las llaves con verdadera religiosidad.

—Como tenía un par de horas libres, decidí traértelo personalmente —le explicó Louis—. Lo tienes aparcado allí mismo —le indicó con un dedo—. ¿Lo ves?

—Lo veo, lo veo. Y no te puedes imaginar la alegría que me produce.

—Bueno, muchacho, entonces...

—Oye —le cortó—. ¿Has almorzado ya?

El detective negó con la cabeza.

—Entonces te invito. Bueno —compuso al momento una mueca—, invitas tú, porque ahora que caigo, el dinero que llevo encima es tuyo.

Los dos se alejaron riendo hacia el restaurante.

CAPÍTULO VIII

Jeremy llegó ante el dueño del hotel jadeando.

—Lo siento, Logan —dijo, apoyándose en el mostrador de recepción—. Nada de nada.

—¡Maldito seas! ¡Ya podías haber venido antes!

—¿Qué ocurre?

—El pajarito salió.

—Tú me dijiste que siguiera buscando lo que nos interesa...

—Ya lo sé. De todas formas, lo tengo localizado. Le recomendé un sitio para almorzar. El

Dorian's.

Ve allí y vigila. En cuanto salga, lo sigues.

—De acuerdo, Logan.

Jeremy dio media vuelta, y en eso la puerta giratoria se movió, dando entrada a un tipo alto y grandote, de ojos azules y nariz aplastada. El recién llegado se dirigió directamente hacia donde se encontraba el fulano que leía distraídamente el periódico.

Jeremy y Logan se quedaron mirándole con fijeza. Logan, además, con el entrecejo fruncido, en evidente signo de preocupación.

—Hola, Duke —saludó el recién llegado.

—Hola, Thomas —correspondió el otro, doblando el periódico, colocándose bajo el brazo y poniéndose en pie.

—¿Qué hay, muchacho?

—Ahí tenemos a las dos piezas principales. El que creo que es el contacto está en estos momentos fuera.

Pienso que podemos ir adelantando terreno si echamos una parrafada con esos dos.

—¿Por qué no? Además, fíjate cómo nos miran.

—Deben presentirlo.

—Saquémosles ya de una vez de dudas.

Los dos hombres a las órdenes de Jerry Gilmore comenzaron a caminar hacia el mostrador de recepción.

Jeremy fue a echar a correr. Logan rebuscó con una mano por debajo del mostrador. —¡Quietos!— conminó Duke. Y los dos matones exhibieron unas hermosas pistolas automáticas.

El miedo se pintó en los rostros de Jeremy y Logan. Ambos se quedaron como petrificados.

Duke y Thomas llegaron hasta ellos, sin dejar de observar si alguien entraba o salía del hotel. Pero no había mucho peligro de que los descubrieran porque la clientela era más bien escasa.

Thomas cacheó hábilmente a Jeremy y sólo le encontró una navaja de resorte. Luego saltó por encima del mostrador. La diestra de Logan había quedado muy cerca de un cajón donde guardaba un revólver calibre 38. Thomas se hizo cargo del arma.

—Ahora creo que podremos charlar tranquilamente —dijo Duke.

—Pero no aquí —agregó Thomas.

—Subiremos a la habitación de vuestro contacto, ¿eh, pareja?

—No sé de qué habla —dijo secamente Logan.

El culatazo que le propinó Thomas le partió un labio y le dejó dos dientes flojos. Chilló como una rata.

—Prueba a repetir esa estupidez otra vez —le espetó el de los ojos azules.

—Ese muchacho que ha tomado habitación esta mañana es vuestro contacto, ¿verdad que sí?

Se desgranaron unos segundos de dramático silencio.

—¿Verdad que sí? —repitió Duke, mostrando su dentadura en una feroz sonrisa.

—Si —asintió Logan.

—Je. Mi presentimiento era bueno. A partir de la aparición del muchacho te observé nervioso e inquieto y entonces hizo acto, de presencia este esqueleto que tienes por compinche.

—Entonces subamos arriba, a la habitación del contacto. Allí lo esperaremos charlando los cuatro amigablemente.

—Exacto. Eso vamos a hacer, Thomas. ¡Sal de ahí! —le ordenó a Logan.

Poco después los cuatro llegaban al segundo piso y se introducían en la habitación de Clive gracias a la llave maestra de Logan.

Por la ventana entraba aún la suficiente luz.

—Anda, sentaros en la cama como buenos chicos —les indicó con su pistola Duke.

Obedecieron sin rechistar. Logan todavía continuaba con una mano en la boca, restañando la sangre.

—Así está bien —sonrió Duke, satisfecho. Tomó asiento en una silla, junto a la única mesita. Thomas permaneció de pie al lado de la puerta, atento a cualquier posible visita.

—Yo..., yo no he hecho nada —balbuceó Jeremy—. Soy simplemente un empleado a las órdenes de Logan. No sé nada de lo que se llevan entre manos.

—¿Quieres tú también acabar con la boca rota? —le amenazó Duke—. Me gustaría que habláramos como personas adultas y juiciosas. ¿Podría ser?

Así hablando, el matón dejó su pistola sobre la mesita, muy cerca de él, y sacó de un bolsillo de su chaqueta una cajita metálica. La abrió y sacó una jeringuilla, una aguja y una ampolla gigante, llena de un líquido translúcido.

—Mi jefe se llama Jerry Gilmore —siguió diciendo Duke—. Supongo que habéis oído hablar de él, ¿verdad que sí? ¡Contestad!

—Sí —murmuraron los dos.

—Así me gusta.

Duke partió fácilmente la cabecita de la ampolla y luego procedió a introducir un centímetro cúbico en la jeringa.

—Mi jefe, el respetable señor Gilmore, se dedica a muchos negocios en esta honrada y ejemplar ciudad. Vosotros lo sabéis. Prostitución, drogas, falsificaciones, «protección», asesinatos, contrabando de licor, juegos clandestinos... En fin, no os los voy a enumerar todos. Sería demasiado larga la lista. Son negocios de los cuales vive y pueden vivir sus empleados, tipos como Thomas y yo. Y claro, ni él ni nosotros podemos permitir que gente del tres al cuarto, desgraciados como vosotros, nos hagáis la competencia. Eso está muy feo. Es quitarle el pan a los demás. ¿Verdad que está muy feo? ¿Verdad que sí?

¡Contestad!

—Sí —susurraron a la vez.

—Así me gusta.

Duke alzó la jeringuilla y empujó lentamente el émbolo hacia

arriba, hasta que una microgotita apareció por la punta de la aguja.

—Desde un tiempo a esta parte —continuó hablando Duke, sin soltar la jeringuilla—, empezamos a observar un descenso en nuestra venta de drogas. ¿Qué ocurría?, se preguntó alarmado nuestro honorable patrón, el señor Gilmore. Varios muchachos y yo nos pusimos manos a la obra, dispuestos a encontrar una respuesta satisfactoria a esa molesta pregunta que producía grandes dolores de cabeza a nuestro jefe. Tuvimos que patear mucho la ciudad, amenazar seriamente y abrir más de una testaruda cabeza, pero al final obtuvimos premio y alguien nos habló de ti, querido amigo Logan, un desgraciado propietario de un más desgraciado hotel que de la noche a la mañana había montado un buen tinglado droguero, vendiendo la mercancía a precio más módicos que nosotros. Eso enfureció mucho a mi jefe, la faz se le puso roja, ¿sabes?, y eso es muy malo, y me ordenó que, antes de escarmentarte, te vigilara para averiguar quién te proveía y así cortar el asunto de raíz. También nos enteramos por uno de tus distribuidores, ese torpe de Malcolm, al que hace tres días encontraron muerto por una sobredosis, Pobrecito, que estabas a cero y que de un momento a otro esperabas un buen cargamento. Así que desde anteayer me planté aquí, como un huésped aburrido, dispuesto a no perderme nada. Y hoy es el gran día, ¿verdad que sí? ¡Contestad!

—Sí —balbucieron al unísono.

—Así me gusta.

Duke se puso en pie y se acercó un poquito a ellos, con la jeringuilla en la diestra y la pistola en la zurda, Thomas, desde la puerta, no perdía de vista a los dos asustados traficantes de estupefacientes.

—Ahora quisiera saber, querido amigo Logan, quién es tu proveedor y cómo se realizan las operaciones, ya que imagino que el muchacho que he visto hoy no debe ser más que un simple intermediario, del cual nos encargaremos en cuanto llegue. Quiero el nombre, Logan, cariño. ¿Verdad que se lo vas a decir al simpático de Duke? ¿Verdad que sí?

—No..., no...

—¿Cómo que no? Yo creía que ibas a ser un buen chico. De los educados.

—Yo no..., no puedo... hablar...

—Oh, sí. Ya verás cómo sí. Antes me has oído hablar del malogrado Malcolm, ¿verdad que sí? Murió de una sobredosis, sí; «pero no se la inyectó él».

Jeremy abrió unos ojos como platos, espantado. Logan se encogió sobre sí mismo.

—Lo hice con esta misma jeringuilla, ¿sabes? —rió Duke—. Ni siquiera la desinfecto, ¿para qué?

—No... —tartajeó Logan—. No serás capaz...

—Oh, tú no me conoces bien. En honor a la verdad hay que reconocer que este sistema de castigo lo implantó nuestro honorable, jefe. En cada negocio hay implantada una pena capital para los condenados. En el de drogas, la muerte por sobredosis. Ahora vas a ver un ejemplo... y ya verás cómo te entran ganas de hablar. Vas a recordar hasta el primer día en que mordiste el pezón de tu madre —y estalló en carcajadas, como si acabara de hacer el chiste del año—. ¡Tú, esqueleto! —señaló luego al aterrorizado Jeremy.

Éste se quiso escabullir, pero Duke fue más rápido, alcanzándole con el cañón de su pistola en la cabeza. Se oyó un escalofriante chasquido y la escasa pelambrera de Jeremy se vio manchada repentinamente de sangre. El largo y escuálido hombre aulló como un desesperado y se quedó hecho un ovillo sobre la cama.

—¡Retírate al rincón, Logan! —le ordenó Duke.

El dueño del hotel obedeció rápidamente y el matón se colocó la pistola entre el cinto del pantalón y la camisa. Se acercó al atontado y maltrecho Jeremy. Éste intentó oponer sus pocas fuerzas, pero el demoledor puño izquierdo de Duke le selló las narices, reventándoselas. La sangre saltó impetuosa a la colcha de la cama.

—Me molestan los trabajos sucios —comentó fastidiado el matón, mirándose el puño manchado de rojo—. ¡Pero qué remedio!

Ya sin ninguna oposición, Duke le arremangó un brazo al semiinconsciente Jeremy, buscó la vena y clavó fieramente la aguja. Empujó el émbolo y el líquido translúcido pasó al riego sanguíneo de Jeremy.

—Bueno, ya está —dijo Duke, atrayendo la aguja—. Verás qué divertidos van a ser los próximos minutos, amigo Logan.

Clive y Louis comieron opíparamente, charlando sobre cosas varias e intrascendentes.

Pasaron ambos un rato agradable.

Al finalizar, después del café, Louis se empeñó en pagar la cuenta.

Clive le contuvo con un brazo.

—Hombre, no —le dijo—. Me hace ilusión pagar yo... digamos que como agradecimiento a la policía por haber hallado el coche. No sabéis el gran favor que me habéis hecho. Ya sé que este dinero no es mío, pero es un dinero que pronto os devolveré, a ti y al detective Fox. Así pues, acepta esta invitación.

—Conforme.

Clive pagó y luego salieron a la calle.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Louis. Se habían detenido junto a una parada de autobús.

—La verdad es que no sé. Por un lado están las ilusiones de ayer mismo por la tarde: los deseos de pasear por la ciudad, conocerla, divertirme, jugar a la ruleta, incluso intentar hacerme millonario... Pero por otro lado está el desánimo producido por cuanto me ha ocurrido a partir de anoche... No sé qué hacer, demonios...

—Al menos quédate esta noche. Y sal un rato, porque sea sólo para dar una vuelta. Reno de noche vale la pena. Luces, ruido, colorido... incluso puede ser que te reanime, seguro.

—Ya veremos, Louis.

—Bueno, ahí viene mi autobús.

—En fin, por si ya no nos vemos, adiós y gracias por todo.

—De nada, muchacho. ¡Y suerte! ¡Nunca pierdas la esperanza de hacerte rico jugando a la ruleta! —rió Louis, yendo hacia el autobús.

—¡Desde luego que no! —le gritó Clive, y sonriendo echó a andar hacia el hotel Logan.

CAPÍTULO IX

Lo de Jeremy había sido harto desagradable. Ahora descansaba sobre la cama, en una postura grotesca, en estado de coma.

Duke había recargado ya la jeringuilla. Logra le miró con los ojos casi fuera de las órbitas. Pensar que a él le podía ocurrir lo mismo que al infortunado Jeremy, le ponía los pelos de punta. Tembló como un niño asustado y tartamudeó al ver acercarse a Duke:

—No..., por favor..., no...

—¿Me vas a decir el nombre de tu proveedor, querido Logan?

—Me... me inyectarás igual...

—Es un riesgo que has de correr. Desde luego, si no hablas, te voy a hacer sufrir las de Caín.

—Yo..., yo...

—¡Alguien viene! —avisó Thomas, el oído pegado a la puerta.

—Posiblemente sea el muchacho —dijo Duke.

Ninguno de los tres se movió de donde estaba. Una persona se detuvo ante la puerta.

Se oyó introducir la llave en la cerradura. La puerta se abrió de golpe. Clive entró y...

—¿Qué pasa aquí? —exclamó el joven.

El cañón de una pistola le hizo en seguida cosquillas en la espina dorsal.

Automáticamente, dejó caer la llave y levantó las manos.

Thomas, que era quien le apuntaba por la espalda, cerró la puerta con la mano libre.

—¿Esto qué es? —preguntó Clive, asombrado de ver a tanto personaje en su habitación—. Me extrañó no verle en recepción, señor Logan —se dirigió al asustado dueño del hotel—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Y qué hacen los demás? ¿Y qué le ocurre a ese hombre?

—Demasiadas preguntas, muchacho —le respondió Duke—. Ahora en seguida me ocuparé de ti, no tengas prisas. Primero es Logan. Vamos, mequetrefe, ¿me vas a decir de una condenada vez el nombre de tu proveedor?

—Yo...

—Deja de balbucear «yo..., yo...» y habla como los hombres, estúpido.

—Es... es Nunally... John T. Nunally, de Susanville, California...

—Oh, eso está muy bien, querido Logan.

—¡Nunally! —exclamó Clive—. ¡Míster Nunally!

—Claro, tú también lo conoces, ¿no es así, chico?

—¡El es mi patrón!

—Lógico, sí. Muy bien, querido Logan. Ahora falta una última cosa..., aunque si te niegas a decírmela, no tendré inconveniente en inyectarte porque ya veo que el muchacho está muy bien informado y él estoy seguro de que colaborará. ¿Verdad que sí, chico?

—No sé de qué diablos habla.

—Malo, chico, malo. No vayas por ese camino o acabarás como ése —señaló a Jeremy.

—¿Qué le pasa?

—Una sobredosis de estupefaciente. Su organismo no lo ha podido encajar. Una mala pata.

—¡Usted está rematadamente loco!

—El último que dijo eso se encuentra ahora en el cementerio, guapín. Lleva cuidado.

—No entiendo nada de cuánto está sucediendo.

—Ye te lo explicaré, para que veas que estamos enterados del asunto y que no hace falta que hagas el hipócrita. Tu patrón, el señor Nunally, de Susanville, es un proveedor de drogas. El se las proporciona a tipos como estos payasos, a bajos precios, y así éstos nos pueden hacer la competencia a nosotros, los que dominamos el mercado en la ciudad. La droga viene de Susanville a Reno. ¿Cómo? Eso es lo que quiero saber, y vino u otro me lo va a decir.

—¡Todo eso son infamias!

—El chico hace muy bien su papel de palomo inocente —comentó Thomas con una risita.

—Lástima que ya no vaya a poder hacer carrera en Broadway —chasqueó la lengua Duke—. Bueno, ¿quién se decide a hablar?

—¡El coche! —exclamó de pronto Logan—. ¡En el coche!

—¿Qué quieres decir?

—En el coche. Está en el coche.

—¿Qué coche?

—El «Ford Taunus» en el que vino el joven.

—Oh, ya.

—¡Ese hombre desvaría! —masculló Clive.

—Vamos, danos las llaves y dinos dónde se encuentra aparcado.

—¡Una mierda!

—¡Bravuconadas, no! —le espetó Thomas, dándole un suave culatazo de advertencia en la cabeza—. ¡Tú no eres el héroe invencible de una novela barata!

Clive se llevó una mano a la zona dañada y se apartó inconscientemente de la línea de tiro, más por el aturdimiento del golpe que porque preparara una jugarreta. Thomas no le dio la mayor importancia, ya que consideraba que lo tenía bien controlado.

Duke se mojó los labios con la lengua. Luego dijo, sonriendo:

—Muchacho, seguro que hablarás. En seguida nos vas a decir dónde se encuentra el coche. En cuanto veas lo que ocurre al inyectar esto —movió significativamente la mano que empuñaba la jeringuilla.

Avanzó hacia el atemorizado Logan.

—Te llegó el turno —dijo.

—¡No! ¡Te lo he dicho todo! ¡No!

—Es la ley, querido Logan. El qué trafica a espaldas con mi jefe con estupefacientes, ha de drogarse y morir. Yo te voy a ayudar.

—¡Nooo! ¡Puerco mentiroso! ¡Noo!

—No me digas ésas cosas, querido Logan, por favor. Tú sabías que tenías que morir de todas formas. Lo que pasa es que si no hubieras hablado, tu muerte hubiese sido muy lenta, muy horrible. Ahora, al portarte como los buenos chicos, has sido merecedor de una muerte rápida. Ya verás como apenas te das cuenta de nada. Anda, ver...

—¡No, por favor! ¡Nooo!

Duke lo arrinconó. Su mano izquierda actuó a una velocidad increíble, soltando guantazos a diestro y siniestro. La cabeza de Logan fue de un lado a otro, entre lloriqueos y súplicas.

—Será sencillo, querido Logan —dijo el matón cuando consideró que el otro ya se encontraba lo suficientemente dócil. Comenzó a arremangarle el brazo derecho.

Clive asistía a la escena horrorizado, ya con sus sentidos más recobrados. Presintió que el próximo iba a ser él. Y una sorda rabia le invadió.

El desafortunado Logan soltó un chillido espeluznante cuando la aguja pinchó su vena.

Clive no se lo pensó mucho más. Jamás había hecho una cosa así. Jamás se había jugado la vida a cara o cruz. Pero ahora no había más remedio. No podía dejaras matar como un corderito indefenso. Tenía veinticinco culos, era joven y fuerte.

Como Duke se encontraba ocupado, su único obstáculo era Thomas.

Se lanzó sobre el matón de los ojos azules casi de una forma suicida y tuvo la suerte de que Thomas estuviera embelesado con el espectáculo que estaba ofreciendo su compañero.

Cuando se vio encima a Clive y apretó el gatillo, ya era demasiado tarde. El joven le había retorcido la muñeca implacablemente, sin ninguna piedad, y un extraño y escalofriante crujido de huesos rotos se mezcló con el ruido del disparo. La bala desconchó un poco más una de las paredes. Thomas tuvo que soltar el arma.

Para entonces Duke ya se había dado cuenta de cuánto sucedía y había dejado a Logan, quien se estremecía violentamente, la jeringuilla aún clavada en su brazo, oscilando trágicamente. El matón echó mano de su pistola al mismo tiempo que Clive cogía la de Thomas, y éste aullaba preso de dolor.

Casi se confundieron los dos disparos.

Cuando Clive abrió los ojos —porque los había cerrado al hacer fuego— se sorprendió vivamente. ¡Le había acertado al asesino!

Duke se desmoronaba en aquellos momentos con un certero balazo en el cuello, por donde manaba abundante sangre.

¿Y la bala del matón?

Tuvo en seguida la respuesta al fijarse en el cuerpo caído de Thomas. El plomo le había agujereado los pulmones, tenía los ojos muy abiertos, con la trágica marca de la muerte inesperada, y emitía extraños gorgoteos, como si se estuviera ahogando. Al final

cesó en sus ruidos y su mirada quedó muy fija en el techo.

Clive se levantó tambaleante del suelo. Con la pistola aún empuñada se acercó a cada uno de los cuatro cuerpos. Todos estaban muertos. La repentina muerte de Logan la achacó más a la fuerte impresión —posiblemente un colapso cardíaco— que a la inyección.

De nuevo miró a su alrededor, mientras escuchaba algunos murmullos en el pasillo, que seguro procedían de los pocos huéspedes del hotel.

—Creo..., creo que he vencido... —Logró articular.

CAPÍTULO X

—El registro de su coche ha dado positivo —explicó el capitán Ransom de la Narcotic Squad—. Estaba infestado de droga. Heroína, principalmente.

Clive Katzin, de nuevo en el Police Department, no salía de su asombro. Tras la *massacre*, se había presentado la policía, avisada por alguno de los huéspedes. Le habían llevado allí, él había preguntado por los detectives Fox y Louis, de la Sección de Robos, éstos se presentaron en la Sección de Narcóticos para echarle una mano en lo que pudieran, entonces comenzaron los interrogatorios y al final firmó una declaración de cuánto había sucedido en su habitación del hotel Logan. Ahora, después de que los hombres de la Narcotic Squad desmenuzaran el «Ford Taunus» y comunicaran a su jefe el resultado, Clive, al conocer éste, estaba más que sorprendido. El confiaba que todo fuera un mal entendido entre aquellos malditos *gangsters*. Pero, no. La droga estaba en el coche. Y él, sin saberlo, había actuado de traficante.

—Está claro como el agua que su patrón, ese tal John T. Nunally, es un pájaro de cuenta —siguió diciendo el capitán Ransom—. Le prestó el coche por conveniencia. Y le recomendó el hotel donde esperaban la droga. Como esto está fuera de mi jurisdicción, tendré que pasar el asunto a la División de Narcóticos de la Oficina Federal.

—¿Al FBI? —preguntó Clive.

—Exacto. Ellos se encargarán de visitar a ese condenado traficante de John T. Nunally. Y cuanto antes mejor para que nadie le dé el aviso y ponga pies en polvorosa. Si cae, supongo que tendrá cosas interesantes que decir. Posiblemente más de una cabeza importante de California caiga.

—Entonces, ¿estoy libre?

—Espere un momento, Katzin.

Clive le miró interrogante.

—Si lo de Nunally se escapa de mi jurisdicción —añadió el capitán Ransom—, lo de los dos matones, Duke y Thomas, no. Ellos trabajaban para el hampa local, cuya cabeza más visible es un tipo llamado Jerry Gilmore, a quien hasta el momento no le hemos podido meter mano por falta de pruebas. Siempre la maldita falta de pruebas, es nuestra constante pesadilla.

—¿Y bien? —inquirió Clive al observar que el policía se detenía. El capitán Ransom le miró fijamente.

—Quiero que me diga la verdad, Katzin. ¿En ningún momento oyó hablar de Jerry Gilmore?

—No, capitán. De verdad que no. Se lo juro. Hablaron de que Logan y el otro les estaban haciendo la comprenda, pero daba la impresión de que fuera a ellos mismos. No nombraron a nadie más.

—Ese Gilmore tiene suerte, el muy maldito. Pero algún día lo cazaremos.

—Lo lamento, capitán.

—Bien. Puede largarse, Katzin.

El capitán Ransom se puso en pie, mientras Clive dejaba escapar un largo suspiro de alivio. El joven se dirigió hacia Fox y Louis, quienes se encontraban allí presentes junto con otro detective adscrito a la Narcotic Squad.

—Ferguson —se dirigió precisamente a éste el capitán, cuando ya iba a abrir la puerta—. Yo me encargaré de avisar a la Oficina Federal. Usted vaya a transmitir la muerte de Thomas a su amiguita. Intente sacarle algo. Y, ¡ah!, otra cosa, Katzin.

—¿Sí? —Dio media vuelta el joven para encararlo.

—Si está pensando en regresar inmediatamente a su pueblo, olvídalo. Eso sería poner en sobreaviso a su patrón.

—Oiga, yo...

—Tiene que colaborar, Katzin. Hasta mañana noche, lo menos, no puede aparecer por Susanville. Para entonces ya se habrán presentado los federales a hacerle la visita de cortesía a Nunally. Y regresará en autobús, por supuesto.

—Está bien.

El capitán Ransom salió del despacho.

—¡Maldita suerte la mía! —exclamó Clive—. ¡Con las ganas que tengo de largarme de esta condenada ciudad del diablo!

—Vamos, tranquilízate, Clive —le aconsejó Louis—. No para nada. Un día transcurre volando.

—Pero es que he empezado a odiar la ciudad. Además, estoy seguro de que si sigo aquí, me van a continuar sucediendo cosas.

—No seas pesimista.

—Animo, muchacho —le dijo Fox.

—Bueno, volveré al hotel Logan a por mis cosas y me buscaré otro más recomendable. Espero no tener que volveros a ver más —dijo sonriendo, a la vez que estrechaba las manos de Fox y Louis—. Gracias otra vez.

—No hay de qué, muchacho —díjole Fox.

—Yo de nuevo te deseo suerte —le guiñó un ojo Louis—. Diviértete esta noche.

—Creo que Ferguson te puede hacer el favor de llevarte —dijo Fox—, ya que va a salir.

¿Eh, Ferguson?

—De acuerdo —asintió el aludido.

—Recomiéndale un hotel decente —le aconsejó Louis—. Así lo haré. ¿Vamos, muchacho?

—Sí, vamos, detective Ferguson.

Una vez en el *parking* del Police Department subieron a un coche no oficial, un «Buick» con tres o cuatro años de vida encima ya, y salieron a la calle.

—Bien —dijo Ferguson—. Creo que en primer lugar nos conviene ir al hotel Logan, que nos coge de camino. Luego cruzaremos el Truckee River y en seguida estaremos en el apartamento de Thomas. Más tarde, ya con tranquilidad, le buscaré un hotel. ¿Le parece?

—Como quiera. Ya oyó a su jefe: he de permanecer en la ciudad. Así que no tengo prisa alguna.

Ferguson sonrió.

Hicieron un alto en Sharon Way, Clive bajó del coche, entró en el hotel Logan, cuya puerta vigilaban dos hombres de paisano a los que Ferguson hizo una seña desde el coche, y poco después regresaba a éste llevando consigo su bolsa de viaje.

—En marcha —dijo al subir.

El «Buick» siguió Sharon Way hacia arriba, pasó por encima del Truckee River y cruzó la West 1st Street, la 2, la 3, la 4... y al llegar

a la 5, viró a la derecha. Al momento se detuvo ante el viejo edificio de apartamentos.

—¿Cómo sabían la existencia de la amiguita? —le preguntó curioso Clive.

—A Thomas lo conocíamos de hace tiempo, de cuando era un simple vendedor callejero de sobrecitos de droga. Ella, por aquel entonces, ejercía la prostitución. Los dos pasaron muy pronto a nuestros archivos, pero por pequeñas cosas. Desde hace un par de años viven juntos, cosa extraña en tipos y tipas de esta calaña. Esto quiere decir que debía haber algún fuerte sentimiento entre ambos, para que durara tanto la cosa. Tal vez aproveche esto para sonsacarle algo a Betty.

—¿Así se llama ella?

—Sí, Betty. ¿Viene conmigo?

—¿Por qué no?

Los dos descendieron del automóvil y se colaron en aquel edificio que parecía fuera a derrumbarse.

Cuando llegaron ante la puerta número cinco, fue el detective quien llamó. Le abrieron en seguida. Casi apresuradamente.

—Tho...

La pelirroja no terminó de pronunciar el nombre. Arqueó una ceja.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó a continuación.

—Policía —dijo Ferguson, mostrando su placa metida en un estuchito de piel—. Detective Ferguson, de la Narcotic Squad.

—¿Qué..., qué ocurre...?

—¿Podemos pasar?

—Bueno, pues... Sí, sí...

—Gracias.

Los dos pasaron al interior del apartamento. En la sala tío estar se encontraron con la otra mujer. Con una morena de muy buen ver. Ella se mostró totalmente impasible.

—¿Qué pasa, detective? —preguntó ansiosa Betty, sin hacer presentación alguna.

—Se trata de Thomas... —empezó Ferguson.

—¿De Thomas? —se alarmaron las dos mujeres. Clive se fijó por primera vez detenidamente en la morena. Creyó conocerla de algo, pero...

—Ella es su hermana —explicó entonces la pelirroja—. ¿Y qué le sucede a Thomas, detective?

—Pues bien... El..., él ha muerto.

—¡Muerto! —exclamaron al unísono las dos mujeres.

—¡No! —agregó Betty, llevándose las manos al rostro, a punto de llorar—. ¡No puede ser!

—Muerto... —susurró luego Sheila, muy lentamente, como si le pareciera imposible.

—Así es —asintió Ferguson—. Muerto.

Clive la escrutó aún más a la morena, si ello era posible. Los cabellos negros, los ojos oscuros, el *sweater*, los pantalones tejanos, las manos manicuradas, con unas uñas llamativas, de color granate... No, no la conocía de nada. ¿Cómo podía haber pensado que sí? Pero, pero toda ella irradiaba algo..., algo conocido... Bah, tonterías suyas.

Simplemente era el deseo. La chica estaba muy bien y él... Sí, el deseo. Sólo eso.

—Bueno, Betty —dijo Ferguson, después de dejar correr unos segundos de profundo silencio—. Nosotros esperamos tu colaboración. Thomas andaba metido en feos asuntos, tú los debes conocer. Y esos asuntos le han costado la vida.

—¡Ustedes lo han matado! —chilló ella, dejándose caer sobre una butaquita—. ¡Asesinos!

—No, Betty. Andas equivocada. Nosotros no lo matamos. Fue un compañero suyo, un tal Duke... ¿Lo conocías?

—¡Eso es mentira!

—Es la verdad. Mira, este hombre que me acompaña fue testigo de lo ocurrido. ¿No es así, Katzin?

—Sí —afirmó el joven.

—El vio cómo Duke le metía un balazo a Thomas. ¿Me equivoco, Katzin?

—No, no se equivoca, detective Ferguson —le siguió la corriente Clive, aunque él bien sabía que Duke no había matado adrede a Thomas. Incluso se sintió en vena y añadió algo de su cosecha—: Yo me encontraba en una habitación contigua, en el hotel Logan. Como me estaban molestando, me personé en la habitación y entonces vi cómo Duke disparaba contra él. Salí de allí corriendo, asustado, y me encerré en mi habitación. El dueño del hotel y otro hombre le

hicieron frente, y los tres resultaron muertos en el tiroteo. Eso es todo.

El detective Ferguson le dirigió una mirada de aprobación.

—Creo que esto ha sido una fea jugada por parte de alguien, Betty —añadió el policía—. Tal vez del patrón de Thomas —sonrió—. Si sabes algo, te convendría decirlo.

—¡Déjeme ahora! ¡Lárguese!

—Está bien, Betty. Pero ya volveremos sobre el Sema. Con toda seguridad Thomas, desde el más allá, esté pidiendo venganza. Posiblemente tú le pudieras complacer.

—¡Largo!

—Sí, ya nos vamos. Pero piénsalo, Betty, piénsalo detenidamente.

Ferguson hizo una seña a Clive y los dos fueron a salir. El joven le dirigió una última mirada a la morena. Ella le aguantó imperturbable aquella mirada.

Cuando salieron a la calle y subieron al coche, aún se iba preguntando Olive qué tenía aquella chica que le llamaba la atención. ¿Sólo su belleza?

—Estuvo muy bien, Katzin —le felicitó Ferguson, poniendo el coche en marcha.

—Pero no dio resultado.

—Oh, no lo crea. La labor de la policía es de hormiguita: poco a poco. No se resuelve todo en un día. Espero que nuestras palabras vayan haciendo mella en el espíritu de Betty. También, cada dos o tres días, se lo iremos recordando.

—Eso me parece cruel.

—Todo es cruel en esta vida, muchacho. Y ahora vamos en busca de un hotel respetable, ¿eh?

—*Okay.*

Al final se quedó en un hotel que había en Cheney Street, casi haciendo esquina con Virginia Street, que es el nombre que recibe la nacional 395 a su paso por la ciudad, a la que divide en dos partes casi simétricas. Se trataba de un hotel de dos estrellas que según la apreciación de Ferguson era económico y confortable.

Ambos se despidieron como buenos amigos. Y de pronto, un salvaje estallido de luz inundó su cerebro.

¡Los zapatos! ¡Aquellos zapatos los conocía él perfectamente!

¡Eran los zapatos de Sheila, la chica que le robó el coche y el dinero! ¡Ahora veía claro! ¡La morena era Sheila! —¡Eh, Ferguson! — llamó, alzando un brazo.

CAPÍTULO XI

Nada más desaparecer el policía y Olive, Betty se secó las lágrimas con un pañuelito y empezó a actuar con rapidez. Se vistió a toda velocidad, mientras Sheila permanecía sentada, un tanto apesadumbrada.

—Pobre Tommy... —murmuró.

—Creo que debemos dejar a un lado las lamentaciones, Sheila —opinó Betty, saliendo del dormitorio ya vestida, con una pequeña maleta en la mano.

—Pero...

—Yo también lo lamento, pero los negocios son los negocios. Eso me lo enseñó Thomas. Vamos a ir a cerrar el trato con Gilmore y luego cada una se irá por su lado. Tú hacia Acapulco, yo hacia Europa.

—Pero el policía dio a entender que...

—¡Bah! ¡Tú no los conoces bien! Yo he tenido muchos tratos con ellos. Todo lo que hemos oído ha sido una sarta de mentiras. Desde hace mucho tiempo andan como locos detrás de Gilmore, lo sé. Y ahora han querido aprovechar la muerte de Thomas, para ver si yo les ayudo a meter en problemas a Gilmore. Son muy listos los polizontes, pero yo lo soy más. Anda, vamos. Coge tu bolsa con los saquitos.

Sheila pareció dudar.

—Muchacha, no te lo pienses más. Lo de Thomas ya no tiene solución. Y hay que ser prácticas. Tenemos que acudir a la cita con Gilmore, venderle la droga y luego salir de esta ciudad. ¿No querrás quedarte aquí, al entierro de Thomas, con la policía y los hampones de Portland tras de ti?

—No, claro que no. —Sheila se acordó entonces de Clive. ¡Qué susto la había dado! En un principio pensó que iban a por ella. Ahora, el muchacho podía recordar en cualquier momento. Sí, lo

mejor era ser práctica, como decía la pelirroja Betty, olvidarse de Thomas y poner rápidamente pies en polvorosa—. Tienes razón, Betty. ¡Vámonos cuanto antes!

El detective Ferguson no le debió oír ni tampoco ver por el espejo retrovisor, ya que no le hizo el menor caso. Clive se quedó con un brazo en alto, un tanto estúpidamente, en medio de la acera.

Uno de los taxis que se encontraba en las cercanías del hotel a la caza de cliente, se aproximó lentamente al bordillo de la acera.

El taxista miró hacia el joven, sonriendo amigablemente.

Clive se decidió en un santiamén. Se metió en el taxi, con bolso de viaje incluido.

—West 5th Street —dijo.

Bien. De todas formas no le hacía tanta falta la policía para enfrentarse a una ladrona. Se presentaría de nuevo en aquel sucio apartamento, le pediría su dinero, bajo amenaza de denunciarla a la policía, y ella seguro que se lo devolvería. Por lo del coche no estaba ya tan enfadado, dados los sorprendentes descubrimientos que se habían hecho después. ¡Cómo le había engañado, míster Nunally! Le había enviado con un coche forrado de droga hasta el hotel de su comprador. Éste se haría cargo de la mercancía sin que él se enterara (posiblemente mientras durmiera le hubiese registrado el coche) y luego hubiera regresado a Susanville la mar de feliz, sin saber que había colaborado como traficante de drogas. Claro que todo eso se había ido al cuerno gracias a... ¡gracias a ella!, ¿qué hubiera sucedido de no haberle robado el coche Sheila? Todo se habría desarrollado según el plan de míster Nunally. Había, pues, que estarle agradecido. Y bueno, también estaba la noche pasada juntos. En fin, esperaba que no se pusiera tonta, le devolviera su dinero y si te he visto, no me acuerdo.

—¿A qué número, señor? —le preguntó el conductor del taxi cuando llegaron a la calle.

—Bueno..., pues... —Olive se maldijo por no habérsele ocurrido mirar el número. Pero ¿quién iba a pensar que tendría que volver?

—¿Dónde le dejo, señor? —insistió el taxista.

—A ver... Siga; siga...

El coche avanzaba lentamente por la West 5th Street, ya con las luces de posición encendidas puesto que el día iba muriendo.

—¡Eh! —exclamó de pronto Olive.

El taxista pegó un frenazo.

—¿Le ocurre algo, señor?

Había visto fugazmente subir a las dos mujeres a un taxi que se encontraba unos cincuenta metros delante de ellos. Arrancó.

—¡Siga a ese taxi, condenación! —le ordenó Olive, tirando su cuerpo hacia delante y señalándolo con un dedo.

Se inició en seguida la persecución. El taxi de las mujeres viró al momento a la derecha, tomando Ralston Street hacia abajo.

—¿Usted, señor, qué es: ladrón o policía? —le pregunto el taxista a Clive, sin perder de vista por un instante a su compañero.

—Yo soy un honrado ciudadano —le respondió Olive al tiempo que cruzaban el Truckee River.

—Vaya —exclamó alegre el taxista—. Entonces somos los buenos.

—¡No los pierda de vista, por Dios!

—Por Dios, por la Virgen y por cuantos santos quiera, que no los pierdo de vista, señor. Duerma tranquilo si quiere, ya le avisaré cuando se detengan.

—¡Estoy yo para dormir!

Ahora los dos taxis corrían por la Arlington Avenue, siempre hacia el sur.

—¿Puedo saber, señor, qué le han hecho los que van ahí delante?

—No sea curioso, hombre.

Al llegar a la altura de Mt. Rose Street, giraron a la izquierda por ésta, y luego más tarde a la derecha por Lakeside Drive, de nuevo hacia el sur.

—Nos vamos hacia las afueras de la ciudad, señor —comentó el taxista.

—Eso observo.

Bordearon el Virginia Lake y continuaron Lakeside Drive hacia abajo.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que se dirijan hacia Carson City? —le preguntó el taxista.

—No. Pero ¿y qué?

—Bueno, no quisiera ofenderle, señor, pero ¿lleva usted suficiente dinero?

—El suficiente, sí. —Y Clive pensó que si no recuperaba su

dinero, a lo mejor tendría que pedir de nuevo prestado para poder tomar el autobús hacia Susanville.

—Vaya —exclamó el taxista frenando suavemente—. Ya se terminó el viaje.

En efecto, el otro taxi se había detenido ante una hermosa finca.

El paraje, aunque solitario, estaba bien iluminado y todo él se veía salpicado por fincas cuyos terrenos estaban delimitados por altas verjas. Era una especie de zona residencial, a las afueras de la ciudad.

—¿Qué hacemos, señor? —le preguntó el taxista.

Clive no respondió por el momento. Observo cómo las dos mujeres tocaban un timbre y al instante se abría automáticamente la verja de entrada. Se colaron en el interior y la verja se cerró a sus espaldas.

—¿Qué hacemos, señor? —insistió el taxista.

Clive vio alejarse al otro taxi.

—Puede irse, amigo —decidió.

—Pero antes me pagará, ¿no?

—Oh, sí; me olvidaba.

—Je, je.

Clive abonó la carrera y luego bajó del coche, pensando que si no recuperaba su dinero se tendría que quedar a pasar la noche allí mismo.

El taxi arrancó y se fue.

—¡Suerte con las señoras! —le gritó, guasón, el taxista antes de alejarse. Clive llegó ante la verja de entrada. Allí se quedó meditando qué hacer.

Les abrió la puerta de la casa un hombre que estaría frizando los cuarenta años de edad, alto, fuerte complexión, pelo entrecano y rostro anguloso. Vestía un elegante traje de chaqueta.

—Buenas noches, Betty —saludó untuosamente—. Creía que no veníais.

—Hubo problemas, señor Gilmore.

—¿Y Thomas?

—A eso me refería.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me extraña que aún no se haya enterado, con tanto soplón que tiene pagado.

Thomas y Duke han muerto.

Jerry Gilmore palideció.

—¿Muertos? —balbució, incrédulo.

—Eso dije. Muertos.

—¿Cómo?

—No lo sé exactamente. La policía vino a verme y me contó una historia un tanto incongruente. Ya se enterará usted de la verdad, señor Gilmore. Ahora, tratemos del asunto...

—Sí.

—Ah, ésta es Sheila —presentó a la morena—. La hermana de Thomas.

Se estrecharon la mano.

—Bueno, pasad —invitó Gilmore.

Las dos mujeres fueron tras el dueño de la casa, a través de corredores y estancias bien amuebladas y mejor decoradas. Por todas partes de la casa se respiraba dinero.

Llegaron a un salón-biblioteca y ellas tomaron asiento, permaneciendo él de pie.

—Veamos esa mercancía —dijo Gilmore, impaciente.

—Veamos primero el dinero, señor Gilmore —corrigió la pelirroja Betty—. Queremos cien mil dólares por los cinco kilos de heroína.

—Hum. Si la mercancía es de primera, el precio no está nada mal.

—La mercancía es de primera, señor Gilmore. Y no le hemos pedido un precio más alto para no tener que perder tiempo con regateos. Las dos tenemos prisa.

—Está bien, Betty.

Jerry Gilmore se dirigió hacia uno de los cuadros de la estancia. Lo descolgó, quedando al descubierto una caja fuerte.

—No he visto a ninguno de sus honres, señor Gilmore —comentó Betty—. ¿Les ha dado fiesta hoy?

—Oh, sí —sonrió Gilmore a espaldas de ellas—. Es que he tenido una visita muy importante esta tarde. Y quería estar solo.

El dueño de la casa terminó de componer la combinación de la caja fuerte. La abrió.

Introdujo una mano y sacó unos fajos de billetes. Una pistola quedó al descubierto.

Jerry Gilmore se acercó a Betty y dejó caer sobre su regazo los cuatro fajos.

—En cada uno hay veinticinco mil dólares —dijo.

—Muy bien. —Betty los tomó y luego hizo una seña a Sheila.

Ésta sacó de su bolso de viaje los cinco, saquitos de heroína.

—¡Estupendo! —exclamó Gilmore, y esta palabra fue una contraseña para que una puerta se abriera y entraran en la estancia Burt y Nelson, los hampones de Portland, con las pistolas por delante.

CAPÍTULO XII

Clive Katzin se decidió al fin a esperar. No creía que las dos se fueron a quedar allí, en la finca. Pero si dentro de media hora no habían aparecido, entraría. Para no permanecer como una estatua, optó por andar un poco, sin alejarse mucho de la finca. Caminó por la misma Lakeside Drive, limpia e iluminada, silenciosa y apacible.

Al llegar a un callejón lateral, dio la vuelta y regresó sobre sus pasos.

De nuevo ante la verja de entrada, se quedó mirando dubitativamente el botón de llamada. ¿Lo apretaba? Al final se decidió por seguir curioseando por los alrededores.

Rodeó la finca por su lado izquierdo. Observó que tenía un cuidado jardín, con abundante césped y bonitos macizos de flores. También poseía una piscina, no muy grande, pero sí lo suficiente como para remojarse y pasar un rato agradable durante las épocas calurosas. Llegó a la parte posterior y entonces se quedó mirando muy fijamente uno de los dos coches que allí había aparcados.

Uno era un «Toyota» y el otro un «Mercedes Benz». ¡Un «Mercedes Benz» que conocía perfectamente!

—¡El coche de Burt y Nelson, los tipos que perseguían a Sheila! —exclamó, tremendamente sorprendido.

Se acercó todo lo que pudo a la verja. Dejó caer al suelo su bolsa de viaje y tomó en cada mano un barrote, colocando su cara entre ellos.

—¡Es el coche, sí! —se reafirmó en su primer pensamiento.

Entonces le vino a la mente el cúmulo de mentiras o de contradicciones que le habían colocado tanto ella como ellos. Algo no iba bien entre los tres. Y era claro que ella les tenía miedo. ¡Y ellos iban armados!

De nuevo se dejó arrastrar por su vehemencia y, sin pensárselo mucho, se puso a tratar de vencer aquella maldita verja.

—Hola, querida Sheila —sonrió Burt.

—¡Vosotros! —exclamó ella, poniéndose en pie, blanca como la cera.

—¡Quieta! —le conminó Nelson.

—¿Qué diablos pasa aquí, señor Gilmore? —preguntó Betty, alarmada—. ¿Por qué van esos hombres armados? ¿Qué pintan en todo esto?

—Creo que Sheila te lo podrá explicar mejor que yo, nena —le dijo Gilmore.

Betty miró a la asustada morena.

—Ellos son..., son los que iban tras de mí —murmuró Sheila.

—Cómo verás, querida Sheila, nadie escapa a Edward Saphiro —rió Burt—. Al final te hemos cazado.

—¡Cerdos!

—Más cerda eres tú, querida Sheila. Lo que hiciste no estuvo nada bien.

—Sólo me llevé lo que me correspondía por soportar durante dos años al bastardo de vuestro patrón. ¡Después de ese tiempo, y aguantar lo que tuve que aguantar, nadie me echa como si fuera basura!

—Te debiste conformar con la patada en el trasero, muñeca. Ahora va a ser peor.

—Señor Gilmore, exijo que...

—Tú calla, pelirroja estúpida —le cortó Nelson.

—¿Cómo disteis conmigo? —preguntó Sheila, serenándose un poco y retrocediendo dos pasos casi imperceptibles hacia la pared donde se encontraba la caja fuerte. Allí había un revólver, según había podido apreciar antes. Alcanzarlo era una remota posibilidad pero...

—Comprende, querida Sheila, que el hampa ha de ayudarse entre sí, igual que hace la policía —le explicó Burt—. Pensé que sería bueno ponerse en contacto con los jefes de Reno, por si tenían noticias sobre alguien que quisiera colocar cinco kilos de heroína. Y he aquí que tuve toda la suerte que me faltó días pasados. El señor Gilmore nos recibió esta tarde y llegamos a un rápido acuerdo: para él la droga y para nosotros el dinero. ¿Para qué vamos a volver con la droga a Portland? A nuestro patrón le dará igual cien mil dólares... y la satisfacción de saberte muerta, ¡bien muerta!

¡Prepárate a morir!

—¡Un momento! —intervino Gilmore.

Sheila aprovechó esas décimas de segundo que llamó la atención el dueño de la casa para retroceder otros dos pasos más.

—¿Qué sucede, señor Gilmore? —preguntó Burt.

—No me gustan las muertes a tiros, y menos en estos asuntos. Además, llaman demasiado la atención de la policía. Aquí tenemos otros métodos, que nos van muy bien. La mayoría de nuestros asesinatos pasan a los archivos policiales como accidentes.

—¿De qué se trata? —se interesó vivamente Nelson, un matón que se pirraba por las distintas formas de matar. Era un estudioso del tema.

—Se trata de la muerte por sobredosis de droga. Con una simple inyección basta.

—Hum —sopesó la idea Nelson.

—Así —agregó Gilmore—, evitaremos también que me manchen el piso de sangre.

—Bueno, acabemos cuanto antes —dijo Burt.

Jerry Gilmore abrió uno de los cajones de la mesa escritorio y sacó una cajita metálica igualita a la que llevaba Duke.

—Una vez las haya inyectado —empezó a explicar fríamente Jerry Gilmore—, llamaré a unos cuantos de mis muchachos para que las trasladen hasta el departamento de Thomas. Allí las encontrarán, mañana o pasado, desnuditas y muertas por sobredosis. La policía pensará que se corrieron una juega demasiado fuerte. Pobrecillas...

—¡No! —exclamó aterrorizada Betty, poniéndose en pie, cayendo los fajos de billetes al suelo, e intentando echar a correr.

—¡Cógela, Nelson! —ordenó Burt, quien no perdía de vista a Sheila, la cual permanecía quieta, un tanto agarrotada por el trágico final al que las había sentenciado Jerry Gilmore.

Nelson se guardó su pistola en la sobaquera y atrapó fácilmente a la pelirroja.

—Empezaremos por ésta —dijo el dueño de la casa, disfrutando sádicamente de la escena—. Sujétemela bien, Nelson.

—¡NOOOO! —aulló como una desesperada Betty, dando patadas al aire.

A Clive le había costado sus sudores superar la altura, de la

verja. Ahora, cuando había conseguido encontrar al fin una ventana que no tenía el pestillo echado, hasta él llegó el largo grito de agonía de la pelirroja Betty.

Pasó al interior de la casa con toda rapidez, pensando qué mil diablos podía estar sucediendo allí. Desde luego, nada bueno.

A tientas y tropezando con algún que otro mueble, llegó hasta la puerta. La abrió y salió a un pasillo en penumbra. Se quedó unos segundos expectante. ¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?

—¡Aaaah! —oyó quejarse—. ¡Aaaah!

Hacia la izquierda, le dijo su sentido de la orientación.

Corrió por el pasillo, con el corazón galopando en su pecho y la frente perlada de sudor. Aún continuaban resonando en la casa aquellos trágicos quejidos.

—¡Aaaah! ¡Aaaah!

Cruzó una estancia y al fin alcanzó la puerta que daba a lo que para él era un misterio.

Pegó una oreja a la puerta.

—Suelte a ésa, Nelson —oyó decir a una voz desconocida—. Ahora agárreme bien a la morena.

Tenía que actuar, pero no sabía cómo. No poseía ni un cochino limpiaúñas, ni tampoco tenía idea de cuánta gente había allí dentro. Entrar por las buenas, era prácticamente suicida.

—Adiós, querida Sheila —oyó entonces la voz burlona del elegante Burt.

Y eso fue lo que le decidió a abrir la puerta y entrar como un toro ciego.

Tuvo suerte.

Precisamente embistió a Burt, que era el único que tenía el arma empuñada. Los dos rodaron por el suelo en confuso montón.

—¡Maldito intruso! —barbotó Nelson, llevando su diestra a la sobaquera.

Jerry Gilmore se quedó inmóvil, parpadeando sorprendido, con la jeringuilla alzada en su mano derecha, visiblemente fastidiado porque le hubieran interrumpido a mitad del juego.

Sheila, por su parte, fue la más rápida. Como una gata rabiosa se lanzó sobre la ya cercana caja fuerte, atrapando el pequeño revólver niquelado que allí había. Se volvió, con él empuñado, haciendo fuego a bulto sobre Gilmore y Nelson, que se encontraban más o

menos juntos. Los dos se contorsionaron violentamente al impacto de las balas, aullaron de dolor y se derrumbaron lentamente. El dueño de la casa cayó cruzado sobre una butaca, quedando la jeringuilla clavada en uno de los brazos de ésta, y el matón arrastró en su caída una mesita ratona, ya con la pistola empuñada.

La mujer apuntó entonces hacia su izquierda, donde Burt y Clive seguían peleando en el suelo. No se atrevió a disparar por temor a cargarse al joven.

Los dos hombres disputaban por el dominio completo de la pistola. Ésta la seguía empuñando Burt, pero Clive le tenía fieramente aferrada su muñeca. Los rostros de ambos se iban congestionando poco a poco, tanta era la fuerza que hacían, uno tumbado sobre otro, el cañón de la pistola yendo de un lado a otro.

De pronto, sonó un disparo y Clive Katzin cerró los ojos.

Cuando el joven los volvió a abrir y miró hacia abajo, sintió arcadas. La cabeza del hampón presentaba un destrozo impresionante.

Se quedó de rodillas, con la pistola empuñada. La mujer se acercó a él.

—Creo..., creo que he vuelto a salir victorioso —comentó él, un tanto incrédulo.

Los dos quedáronse mirando fijamente, las armas en la mano.

—Gracias —dijo ella.

—No hay de qué. Creo que te debía algo.

—¿Por qué?

—Gracias a ti descubrí que estaba siendo utilizado como un muñeco. Verás...

Y a continuación le contó todo cuanto sabía.

—... No había tocado un arma desde la mili. Y ahora, en un día... —Finalizó diciendo, y dejó caer la pistola al suelo.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó ella.

—Primero echarle una mirada a la pelirroja.

—Está muerta. Esa bestia asesina le metió una dosis de caballo.

Dime, ¿qué vas a hacer?

—Pues lo lógico en estos casos: llamar a la policía.

—Yo había pensado otra cosa.

—¿Qué? —Frunció el ceño Clive.

—Ahí hay cien mil dólares y cinco kilos de heroína. Podemos...

—Oh, no, no, no.

—Será fácil.

—Tendrás que apretar ese gatillo.

—Yo no soy una asesina.

—Pero sí una granuja.

—La vida me hizo así. Hay que procurar sacarle partido a todo.

—No quiero colocarme fuera de la ley.

—¿Y quién habla de colocarse fuera de la ley? Déjame explicarte.

—Adelante —dijo Olive, y se puso en pie.

—Podemos preparar el cuadro de una forma que parezca una pelea entre hampones, disputándose cinco kilos de heroína.

—¿Cómo?

—Lo primero limpiando de huellas nuestras estas armas. El revólver que yo he disparado se lo colocaremos en la mano a Betty, la cual, ya drogada, ha abierto fuego sobre Gilmore y Nelson. Entonces el cadáver de Gilmore lo arrastraremos hasta las cercanías de Burt, para que parezca que él fue quien luchó con el hampón de Portland y le produjo con su propia pistola el disparo a quemarropa...

—Oye, yo no lo veo muy claro...

—Es la mar de sencillo. La presencia de Betty aquí en seguida la encontrará lógica la policía, tras las palabras que el detective aquél que te acompañaba le soltó. Gilmore es más fuerte, la sorprende y la droga. En ese momento aparecen los otros, unos hampones de Portland, Gilmore disputa con uno de ellos y entonces la drogada Betty aprovecha para coger el revólver. Dispara sobre Nelson y luego sobre Gilmore, quien ha resultado vencedor de su disputa con Burt. Después, ella muere por la sobredosis. Y ahí, sobre la mesa escritorio, quedan cinco kilos de heroína. La policía pensará en una pelea entre hampones de distintas ciudades por la droga.

—No sé, no sé.

—Y tú y yo nos vamos de aquí con cien mil dólares, cincuenta mil para cada uno.

¿Qué te parece?

—Parece sencillo, pero...

—¡No seas miedoso, hombre! El que no arriesga, difícilmente, gana. Además, la policía, nada más vea muerto a Gilmore, se dará

más que satisfecha. Según me insinuó Betty y según lo que tú me has contado ahora, Gilmore es su sueño dorado.

—Sí; eso es cierto —asintió él.

—Entonces, pongámonos manos a la obra.

—Pero es que el capitán Ransom, de la Narcotic Squad, me pareció un hombre muy...

—¡Bah! —le cortó ella—. A ti lo que te ocurre es que estás muy impresionado por esas peliculitas policíacas de la tele, donde los policías son la mar de listos y siempre ganan. Te digo que en este caso no darán con la verdad, entre otras cosas porque no se detendrán a pensar que hay algo más. Y por otro lado, no nos llevaremos el resto del dinero que hay en la caja fuerte. Así no pensarán en un robo, ya que ellos no saben cuánto dinero había realmente en ella.

—Pero olvidas algo.

—¿Qué?

—Tu historia, Sheila.

—Te la contaré mientras preparamos el tinglado, ¿eh?

—Está bien —aceptó él, pensativo—. Con cincuenta mil dólares podré montar mi propio negocio.

—Y yo me bañaré en las playas de Acapulco.

—Eso ya no me gusta nada.

—¿Por qué?

—Si esto lo hacemos juntos, seguiremos juntos.

—Oye, yo...

—Tú me gustas, Sheila.

Y Clive la atrajo hacia sí fuertemente, besándola en los labios con frenesí. El revólver que ella empuñaba resbaló entre sus dedos.

Olive Katzin volvió a su pueblo el lunes, con cien mil dólares en el bolsillo y una mujer de bandera cogida del brazo.

En Susanville ya había corrido como reguero de pólvora la noticia de la detención del todopoderoso John T. Nunally, acusado de tráfico de drogas, por hombres de la División de Narcóticos, del FBI. Todo el mundo esperaba impaciente a Olive para que ampliara detalles.

El joven relató todo lo que le había sucedido en relación con el asunto Nunally, pero de ahí no pasó. Respecto al dinero y a la mujer, la explicación fue la siguiente: los cien mil dólares los había

ganado jugando a la ruleta y la mujer era su compañera de juego aquella noche —la noche del sábado, noche que habían pasado muy juntitos los dos en un motel de la carretera que lleva a Carson City, al igual que el domingo—, y dada la suerte que le había traído, decidió contratarla como mascota para toda la vida. Desde luego, todo el pueblo estaba invitado a la boda.

La luna de miel la pasaron en Acapulco, como ya habrá imaginado el sagaz lector, y cuando regresaron a Susanville, Clive Katzin montó su ansiado negocio de mecánica del automóvil. El taller lo rotuló con el nombre: TRECE, ROJO, pues según contaba, cínicamente, a los amigos, ése era el número al que había apostado aquella suertuda noche en la ruleta, por sugerencia aterciopelada de la que ahora era su esposa.

Ella, Sheila, que reía mucho cada vez que le escuchaba contar esta historia que habían tramado en la cama del motel situado entre Reno y Carson City continuó siendo morena y de ojos oscuros, por si acaso... Pero eso sí, a partir de entonces, se cambió más a menudo de zapatos.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

